

## #CUENTO BREVE

### **ELEGISTE SER FELIZ. Cuando se sana el alma, abre las puertas para que entre el sol.**

Al fin abres los ojos. Despiertas a un nuevo día. Ha sido una larga noche de recuerdos y despedidas. Entre rezos y lágrimas intentaste devolver buenos momentos compartidos. Revivirlos en lo profundo de la memoria para sonreír, aunque sea unos instantes.

Te acostaste temprano, cansada. Es como si una gran roca te aplastara sin tregua. La soledad va ocupando tu interior, poco a poco. Cada célula de tu cuerpo desterrada, condenada a extrañar por siempre.

De repente, sola en ese caserón.

Ese nido que albergó sueños y fantasías, hoy es un desierto yermo, escondido en la sombra que se agranda en los rincones. En cada cobijo y resguardo de ternuras, lloraste ríos de lágrimas, mojando el silencio de palabras ausentes con retazos de la vida que aún no se apaga.

Aquí, entre pétalos dorados, en un otoño que languidece, el viento despierta perfumes escondidos y se lleva lejos las horas que palpitan serenas.

Todo estaba bien. Todo era radiante. Le pusiste alas a la ternura para que volaran alto las tristezas. Esa vida, la que engendrabas, era un milagro blanco. La razón de existir ambos, unidos. Pero, fue una estrella fugaz que se apagó sin centellear siquiera. Una trémula perla del rocío que se quedó entre las rosas, dormida. Y fue así que los sueños en risitas bosquejados, se transformaron en espesas tinieblas, pájaros escondidos tras destinos rotos.

Fue cuando todo cambió, el firmamento tiritó. La vida perfecta se desmoronó, más allá de la ira, más allá de los llantos. Y surgieron viejos dolores velados. Cual rastros de miedo y de regaño, el arco iris perdió sus colores.

¿Dónde se fueron las caricias? ¿En qué momento se volvieron intemporales? ¿Cuándo fue que se calló el bullicio de sus besos? ¿Cuándo dejaron de conmoverte tus labios derramados? La solitaria lejanía desabrigó el cielo, sofocado por fogosidades paranoicas. Bajo la espesura de aquel telón de lluvia arropaste su alma derrotada. Pero, fue imposible sanar el dolor de las heridas con tu espíritu vestido de lamentos.

Un día despertaste y no estaba. Se fue. Sin despedidas. Ni lágrimas. Ni besos.

Te dejó ensangrentada por la pérdida, apenas sostenida por velos blancos de esponjadas ilusiones. Despertaste sola, con un agujero negro en tu vientre y en tu corazón, buscando explicaciones entre ruinas, absurda, ridícula, tambaleante, con la paciencia agotada y el alma cerrada con persianas bajas.

Después de tardes ignoradas de hastío, días y noches añiles y grises, agobiada por el eco del silencio en las paredes y el viento entrando por las hendidias dañadas que aún laten ardidias, decidiste recuperar la risa que la angustia calló. Te llenaste la boca de aire nuevo, sacándote de una vez esa sogas que te ahogaba la garganta. Valiente, atrevida, determinada a fijar rumbo hacia nuevos cielos, abriste tus alas con impulso desafiante y volaste hacia el sol que brilla despiadado, sin ocaso.

Elegiste ser feliz. Te alzaste sobre el miedo, el temor y los fantasmas. No dejaste morir tu corazón. Gritaste hasta ensordecer el resto de tus días cuando los pimpollos rojos de abril, al fin se embriagaron de mañanas.

**Silvia Mabel Páez**

Gutiérrez, Maipú

Instagram: @silvidecona

#Escribiryreescribidesdeeldolor

## **LA ESPINA PERFECTA**

Me descubrí en tu abrazo. En la calidez de tu pecho...fue magnífico. Magnífico sentir por unos minutos la belleza de la Unión. Del Uno. Del todo. Me sentí eterna en esos brazos. En ese sentimiento de eterno reencuentro, en que la partida fue larga pero el reencuentro nuestro.

Fui feliz. Fui mujer. Fui niña y adolescente a la vez. Volví a sonreír. Encontrarme en tus ojos, en tu sonrisa, en tus pensamientos me hizo grande y alta. Me hizo una reina. Me hizo querer el mundo con vos. Realmente. Me hizo permanecer en el hoy y no saber mañana ... aunque sí supe mañana.... Sentir y hacerte sentir el mañana en hoy y el hoy en mañana... en ese sobran las palabras.

¿Cómo no amarte? ¿Cómo no desearte todo lo bueno? ¿Cómo no acariciarte y que seas el mismo Sol entre mis dedos? ¿Cómo no hacerte feliz? Sin embargo.... Todo es vos. ¿Y yo? No hubo nosotros. No hay nosotros. Es un silencio con final abierto. Dudas. Creí que iba a ser diferente para mí...

Estoy dudando. Dudo mucho. No lo entiendo. Quería esto y nuevamente se me escapa de entre los dedos. No hay manera de sostenerlo. Quisiera creer que el teatro es tan sólo para los mentirosos ajenos que miro por televisión, aquellos que viven sin cuestionarse ni un gramito de existencia, de sentir, de percibir... no para el ser que maúlla gemidos de amor y conexión.

Créeme que esto no es. Créeme que esto no quiero. Créeme... pues para tus dudas yo soy la espina perfecta que cualquiera quiere evadir. La espina que molesta la inseguridad de tus falencias, de tus carencias, de tus defectos. ¿Y vos? Vos SOS la capitulación de mis elecciones. El NO rotundo...a lo que no quiero y que nuevamente tengo que dejar partir.

Máscaras hermosas se están vendiendo en este mundo, máscaras teñidas de espiritualidad, de discursos excelsos, de gestos bien imitados. Sin embargo, lo que no miente es el Alma. El Alma puesta de manifiesto. Ésa sí que no miente y yo déjame decirte amor... que yo veo Almas.

Aunque en tu Alma sólo veo miedo, vacío y en gélido infierno. Adiós...

### **Andrea Martínez Márquez**

Godoy Cruz

Instagram: @almamater\_terapias

#Escribiryreescribidesdeeldolor

## **UN TÉ DE VIRGEN**

Ella era virgen de Amor. Del Verdadero Amor. De ese que te desborda de plenitud, del que te hace salir de la lástima y de la necesidad de demostrar que hay que aprobar siempre con 10.

Ella era virgen. De sentirse útil y estaba cansada. Descubrió su virginidad a los 35 con una proyección de 65 años, y comenzó a llorar. A llorar su propia muerte, porque tan sólo había existido a la sombra de otros modelos más. A la sombra de la virginidad de amor de alguien más y de la minusvalía emocional y mental del rechazo y la soledad. Lloró por darse cuenta, de que esa virginidad la había llevado a demostrarse que tenía nada más que esas lágrimas, que ya no sabían ni amargas ni saladas, sabían a pequeños rastros de humanidad. Su Alma había partido ya o al menos había empezado a despedirse una vez más.

Estaba cansada de estar tras bambalinas cuando sabía que bajo el cenit se producía silencio de admiración, estaba cansada de ceder su lugar para que otros pudieran realizarse a costa de su Luz.

Lloró, nuevamente, y descubrió un corazón negro sin Perdón. Y lloró más aún por pensar que había perdonado. Y decidió que era su fin, por no haber logrado su cometido. Por no haber trascendido para ser parte de las estrellas. Esas que miran desde la Tierra para encontrar consuelo, ni ese pedazo de cielo que te recuerda lo grandioso del Universo. Ella era tan sólo un pedazo de mierda, virgen. Virgen de Amor y de Perdón. Qué pena por ella, no supo valorar su misión que ni siquiera pudo escuchar, que ni siquiera supo descubrir. Que tan sólo va a morir y nadie se va a encender con lo que ella creyó era su Luz.

Entonces ahí, puso el agua a hervir, para tomar su último té a ver si así, lograba dejar de ser virgen, y podía sentir calor en su corazón.

### **Andrea Martínez Márquez**

Godoy Cruz

Instagram: @almamater\_terapias

#Escribiryreescribirdesdeeldolor

## **MADRE E HIJA**

La enfrentó a la mesa de la cocina, como ayer. Como todos los días, le movió la silla y le pidió que, este almuerzo, se quedara quietita frente a los patitos amarillos del mantel de hule. Le puso un babero, que pronto luciría la papilla escupida. La mano de Trinidad todavía danzaba al ritmo de su balbuceo y, una vez más, montara en la cocina el espectáculo dadaísta de quien está aprendiendo a hablar. Anastasia pescó la primera cucharada de zapallo pisado y se la llevó con dulzura a la boca, como todos los días del año.

– ¡El mantel!, mira, ¿cuál patito te gusta más? –Anastasia despegó un avión del plato hasta los cielos de Barajas y luego a la boca de Trinidad, que tenía pistas de aeropuerto cerradas por tormenta y su balbuceo de fondo–.

– ¡No, no! –Por más cariño que la papilla de Anastasia tuviera, un sacudón de manos por parte de Trinidad la tiró, recién hecha, entre los encargos laborales y tareas pendientes de Anastasia–.

–Es que, cariño, necesitas zapallo. Te da fuerzas –resopló Anastasia. Un bocado y jugamos con las lanas del estar –Trinidad la miraba, lejana, pero abrió la boca de codorniz. Anastasia revoleó los ojos y sacudió la frente, lista para rendirse–.

Toda la cocina tendría zapallo pegoteado, pero nadie armaría las entregas por ella, le dijo anoche el jefe.

A la semana siguiente, Trinidad está inmóvil, sentada en la cocina, en la misma posición. Anastasia cuelga, toma la agenda y anota en colorado un número telefónico. Procesa manzana, procesa la manzana. Trinidad la sigue con la misma mirada, distante, pero ella no la mira, procesa la manzana.

Anastasia vuelve sobre Trinidad, le mueve la silla y la enfrenta a la mesa. Le pide que, este almuerzo, se quede quietita, que no le corra la cucharada, como la semana pasada, que mientras más rápido, mejor para ella, que podrá irse a jugar con las piezas de ajedrez del abuelo, que no conteste mal, que, si no, no habrá ajedrez del nono en el salón y, si vuelve a manchar el babero, tendrá que tomar esa otra decisión más dura.

En cambio, Trinidad escucha ‘piezas del ajedrez del abuelo’ y agita las manos, esconde la boca, sacude el plato. Vuelca la manzana por todo el mantel de hule, por todos los patos amarillos del mantel, que abren sus picos, como si estuvieran hambrientos, como si fueran máquinas devoradoras de papilla y paciencia. Desparrama, por toda la cocina, los reproches y quejidos de Anastasia con las manos en la cabeza, sin parar de dar vueltas en círculo por la cocina untada en puré de manzana.

Rompe a llorar, se la ve. Le grita. La reta. La sacude. No sé qué hacer, no puedo con tanto, se la oye gritar. Otro error en los encargos y el jefe la echa, le solloza a Trinidad, que no puede escucharla, como si hubiera olvidado los audífonos.

–No me mires así, no soy tu mamá, no me digas mamá –le saca de un manotón el babero pintado de manzana, que transforma a su madre en Picasso, pero que su agobio no se lo deja ni ver ni apreciar–.

Desespera. Revuelve la agenda todavía abierta sobre la mesada al lado de la *termomix*. Lo busca y marca impaciente.

No le habla, la saca de la silla, la sube al auto, luego carga su silla, carga la maleta, la que en el episodio anterior había dejado preparada, para la próxima, por las dudas, para el día en que no le quede otra y

decida transformar su corazón en plomo macizo. El día en que le cambiará a Trinidad la blusa manchada durante su último almuerzo en la cocina de casa y la conduzca a su madre al geriátrico, cuyo teléfono anotó en colorado en la agenda.

Será el día en que no se volverá a ver a Anastasia en los ojos de su madre y la despida, a su madre, con su boca de codorniz, arrugada, para adentro, apretada y con su mirada perdida en la ventana del geriátrico, con las manos temblando y una manta cuadrillé pasada de moda, como la madre, también pasada de moda, una manta cuadrillé gastada sobre la falda.

Trinidad sentada en su silla de ruedas, frente a la ventana del geriátrico, con las manos cruzadas como si ya no pudiera dotar de sentido al paisaje, sin poder, al parecer, significar la despedida, sin tener a su lado a su hija ni a Anastasia, madres e hijas pasada de moda.

Frente a la ventana del geriátrico, está de espaldas. Trinidad permanece inmóvil.

Lejana.

### **Margarita Cox**

La Puntilla, Luján de Cuyo

Instagram: @ margacoxescribe

#Maternidadesypaternidades

### **LA FÁBULA**

La tarde avanza con grávidos pasos en este día de otoño. Tras el vidrio observo la trémula desnudez de los árboles.

El café está caliente aún. El aromático humo dibuja formas casi tan tenebrosas como las de aquellas siluetas.

No puedo olvidar, quizá no quiero. Es tan mórbida la memoria y más impío el recuerdo de esa noche, la última en que nos vimos.

Tú estabas allí, podía sentirlo, ausente por momentos, elucubrando algo oscuro en la mente. Podía verlo en tus ojos. El temor crecía dentro de mí sin entender el porqué.

Bebo a sorbos el café. Mis manos todavía tiemblan torpes. No hay un sólo lugar dónde esconderme, ¿de qué o de quién? Mi cobardía aún no lo acepta.

No había nada en mi vida más importante que tú. Pero me miraste esa vez, después de tantos años, lograste lo que yo no pude. Pero fue en ese instante fugaz que pacté con el dolor de quebrar el lazo mágico que nos unía y arrojarme al abismo de la soledad.

La gente pasa a mi lado indiferente. El lugar va encogiendo su espacio. La taza de café se va consumiendo de a poco, como la tarde en mis ojos. Decido volver por el camino más corto. Al llegar, noto las luces prendidas de mi hogar, y veo dos siluetas tras mi puerta deformadas por la trama del cristal. Me detengo a unos metros.

Saco las llaves y me acerco con desesperación a la puerta. Apenas visualizo la furia de una sobre otra.

(¿Debo parar esto?)-pienso- pero ya no hay tiempo.

Impotente apoyo mi espalda en la puerta y observo cómo un líquido sanguinolento se va escurriendo alrededor de mis pies.

Al fin logro entrar a la casa. Cierro con llave, enciendo las luces y me dirijo a mi habitación. Dejo que el agua tibia vaya llenando la tina. Me introduzco en ella y trato de relajarme en medio de la espuma. Pero una vez más mi mente hilvana los sucesos de esa noche. Tus amenazas. Mi mano ardida por el golpe en tu cara. La maleta en tu mano y la otra en el picaporte. Yo empuñando la estatua de bronce. El golpe seco en tu nuca.

El rostro terrorífico de la figura. La mano y el bronce aunando las fuerzas y acometiendo contra tu cabeza. La sangre escapándose bajo la puerta manchando el piso exterior.

Me sumerjo hasta el fondo de la bañera por unos segundos, luego emerjo en un intento vano de despojarme de toda esta sensación oscura e inmundada. Me preparo para dormir. La noche repite la cruel pesadilla de aquel maldito día.

Y despierto llorando, lejos de mi cama, abrazada a los barrotes de la barandilla, sentada en los escalones que dan a la entrada. Y te veo, como ayer, con la maleta en la mano, cruzando el umbral de la puerta y alejándote sin decirme adiós...

### **Claudia Marina Ponce**

Gutiérrez, Maipú, Mendoza

Facebook: claudiamarinaponce.79

#Reconocereldeseo

### **AMOR Y LOCURA**

La botella yacía rota sobre el piso. La mitad bajo la mesa, la otra convertida en mil cristales desparramados por todos lados.

Del sillón beige caía una cascada roja que poco a poco se iba convirtiendo en laguna. El cuerpo de la joven estaba, boca abajo sobre los almohadones de pluma.

Ya no habría más festejos por sus cumpleaños. Ni reconciliaciones, que finalizaban luego de hacer el amor, con un brindis de cerveza helada. Ni celebrarían los logros obtenidos. Nada sería igual. Ni las series que disfrutaban en las noches de invierno abrazados en la cama, ni los sábados cuando solos iban a bailar y tomar un trago.

Sábados que por lo general terminaban cada uno por su lado. O peor aún, juntos y heridos. Heridos en el cuerpo y en el alma.

Se amaban con locura. La misma locura que los llevó aquel día, a destruir el vínculo que los unía.

La discusión comenzó por una tontería, él quería salir, ella quería que hablarán del futuro juntos.

Él con unas cuantas copas de más golpeó la mesa abruptamente, vociferó que lo dejara en paz y ella, que también había bebido, esta vez no se calló. Le hizo frente.

Él se puso de pie enfurecido, tomó una botella de cerveza vacía de la mesa, la estrelló sobre la pared y alcanzando a su mujer la golpeó con frenesí en el rostro. Ella quedó ahí flotando entre plumas manchadas de sangre; él soltando el arma asesina salió corriendo, destruido por lo que en medio de una nebulosa recordaba lo sucedido.

A unas cuantas calles descubrieron su cuerpo despedazado, el colectivo que lo atropelló no pudo esquivarlo.

Nadie pudo salvar la vida ni el amor de estos dos seres que se amaban enfermizamente.

Sobre el escritorio de ella, en la habitación, se encontró el poema de Alfonsina que escrito a mano mostraba el tipo relación que los unía; "quiero un amor feroz, de garra y diente que me asalte a traición en pleno día y que sofoque está soberbia mía, este orgullo de ser todo pudiente"

### **Miriam Barrera**

Gutiérrez, Maipú, Mendoza

Instagram: @miriambarbera25

#Escribiryreescribidesdeeldolor

## **BLANCO HELADO MALDITO**

Llegaron al fin las vacaciones de invierno. Julián traía la noticia de que había alquilado una cabaña en la montaña para disfrutar de la nieve con los chicos.

El solo pensarlo me produjo escalofrío.

-Sabes que me gusta la montaña en verano, otoño y primavera- le dije - en invierno la detesto.

-Cariño, ya pagué por cuatro días, verás que lo pasaremos genial- me contestó.

Los chicos saltaban de alegría, para ellos era lo mejor que les podía pasar.

Exasperada comencé a preparar los bolsos. La idea era salir luego del almuerzo para no llegar de noche.

Ya en camino, yo era una estaca clavada al asiento, los chicos discutían atrás por no sé qué cosa, sus gritos retumbaban en mi sien elevando el mal humor. Julián les hablaba muy calmado por el espejo retrovisor tranquilizándolos.

El viaje duró más de lo esperado, había desvíos por todos lados. Un accidente debido al hielo en la calzada interrumpió la ruta. Nos detuvimos a colocar las cadenas en las ruedas para evitar cualquier inconveniente.

A un costado del camino ya el negro-blancuzco del terreno me impactó. Por mi nariz enrojecida no pasaba el aire, un zumbido apareció de la nada dentro de mi cabeza. Se sentía cada vez más fuerte, el cerebro se descomponía, quería que callara de una vez.

Antes de volver a subir al auto bebimos un café que me supo a petróleo...En realidad era mi boca que estaba amarga. Tiré el humeante líquido convirtiendo la blancura en la que estábamos detenidos, en un negro agreste.

Llegamos luego de tres horas de viaje. El sol aún brillaba introduciendo sus rayos entre un par de negras nubes que se acercaban con lentitud.

- ¿No pudiste encontrar otra cabaña más alejada? - le pregunté ofuscada.

Estábamos en el fin del mundo y los cuatro solos. El paisaje se presentaba aterrador de día, no quería imaginar cuando llegara la noche.

Abrí la puerta del coche, el aire gélido entró hasta mi estómago, produciendo una contracción y el poco café que aún habitaba en mi interior salió disparado como huracán sin poder controlar. Mi cabeza explotaba. Algo se apoderaba de mí. Y aunque lo negara, lo creyera superado, se hacía presente, estaba al acecho entre tanta blancura inmaculada.

Los chicos y Julián corrieron a la cabaña. Yo me encerré en el auto. Mi cuerpo se negaba a reaccionar. Mis músculos no respondían estaban paralizados recordando tanto blanco de otro tiempo.

Mi niñez había sido marcada por el blanco. El blanco de uniformes médicos. El blanco de camas, sillas y mesas. El blanco de aquella inmensa sala donde cada año era recibida con aroma a cloroformo y desinfectante, atestada de niñas pequeñas aterradas y solas. Un blanco luminoso que aún me paraliza, me descompone, me hace doler el cuerpo y el alma.

Y aquí estaba en medio de este blanco níveo sin poder hacerle frente al miedo del recuerdo, su brillantez, su suavidad, lo dulce que parecía, y su silencio. Un engaño mayúsculo.

En brazos fui llevada por Julián a la cabaña aquel día. En brazos fui llevada de pequeña por mi madre, a esa cama de hospital que tanto dolor había traído a mi vida.

Los días, que se suponían de relax, se convirtieron en tortura. La misma que sentí cuando era tan solo una niña y no podía expresarme.

El llanto, solo el llanto daba alivio al dolor, a la herida.

El llanto, solo el llanto logró calmar y consolar mi corazón de este helado blanco maldito.

### **Miriam Barrera**

Gutiérrez, Maipú, Mendoza

Instagram: @miriambarbera25

#Escribiryreescribidesdeeldolor

## **NO SOY YO SOY VOS**

Amanecí boca abajo, el final de mi cuerpo, rozaba la madera del final de la cama. La cabeza pesaba, y un pensamiento cruzo por su mente: "otro día más", que sin palabras exprese en un soplido.

Me vestí cómodo, ancho suelto. Miré su cara en el espejo, y a pesar de que quise tantas veces estar en su lugar, su mente me expulsa. No quiere que sepa que hay atrás de su reflejo.

Fijo alegría cuando me veo. "Ya le hice mucho daño, para ahora dudar" piensa.

Espera con ansias que me valla a trabajar, pero no queremos soltarme. La historia de 15 años. La sensación de apego y libertad luchando. ¡Cómo te entiendo!

Decidí ocupar su cuerpo por un día, porque nunca, ninguna mirada fue jueza y compasiva al mismo tiempo. Tan dura y admirada a mi ser. Estos ojos recorrieron cada parte de mi alma, nunca intente esconderla.

¿Qué condena te impusiste, que la espalda nos duele? Es difícil la carga. Los pies nos pesan, dudosos de seguir camino, las manos tienen miedo de tocar, de crear de seguir. Los oídos se apunan de demandas ajenas, de críticas dolorosas, y de palabras pesadas como yunque.

Intento obligarte a ocuparte de vos, te empujo hasta el jardín. Quizás atreves de raíces y crecimiento ajeno puedas buscar el tuyo.

Pero la responsabilidad, como un mandamiento tallado en vos, te lleva de la mano, fuerte, firme como son los mandamientos oscuros pocos compasivos que nos dejaron las heridas de la infancia.

Uff... ¡¡TODO DUELE NENE!!! ¡Te repetís a vos mismo que podés!, que llegas! Que todes vamos a estar bien. Como un mantra, como una canción que no te das cuenta que cantas.

Intento quitarte la piedra del pecho. La veo, la pateo, la mimo, pero no se mueve, ni se rompe, ni se inmuta. PARECE CRECER. Está estancada alado del corazón. ¡Pobre de vos! Para cuando estoy exhausta de gritos y cariño maternal, veo que vos la sostenés. Impetuoso, como se sostiene la tortura conocida, la que es mejor porque es parte de una. Porque el pesar y la congoja se hacen carne. ¡No me saques la pena, el desconsuelo! ¿Que soy yo sin ellos?

Tenés razón, la cobardía no tiene cura mi amor. No podés taparte la conciencia y fingir que lo que digo no es verdad. Yo tampoco.

Que cuerpo incomodo carga tu razón, o que razón caprichosa se esconde en tu cuerpo.

Por tu mente se cruza la idea de una cama, pero la espantas, haciendo gestos con las manos. El descanso es un auto-mimo y eso es para les demás.

¡Al fin la noche! Desnudo, tratás de encajar tu cuerpo con ese cuerpo tumbado siempre del mismo lado de la cama. Si te deja, si su mochila hoy no pesó tanto, si hoy decidió no culparte a vos.

Pensás con nostalgia como te gustaría que ocupe tu lugar un ratito. Si supieras cuanto lo intenté.

Te dormís.

Y Para mi sorpresa despierto en tu ser, una vez más, solo que esta vez no fue mi elección. Resignada, presiento que poseer tu forma, durara el tiempo que tarde en aprender a poseer la mía.

### **Vuji**

Godoy Cruz, Mendoza

Instagram: @lavuji

#Escribiryreescribirdesdeeldolor

### **2022-1998**

Algo me dieron. Pero a las 3 de la mañana, en un bar del centro, después de unos tragos, el miedo a les demás y a vos misma, un poco se diluye.

Fui al baño, ese hermoso lugar de encuentro sororo que siempre amé de una fiesta. Aunque los azulejos manchados de tiempo y cansados de ser testigos se movían un poco, logré llegar al inodoro, lo abracé, buscando que pase el temblor, y como si saliera de mi cuerpo, de mi mente, del "piiii" de mis odios, llegue a una casa conocida, pero tengo 8 años; llevo un vestido con flores, un cuello de volados. Sé que lo hizo mi abuela, escucho a lo lejos presumirlo. Pero estoy en el medio del comedor, siento los ojos gigantes, los oídos abiertos y la mente vacía.

Tiembla un poco acá, pero no por el alcohol, es la incomodidad de parientes políticos y la obligación formal con conocides no tan conocides.

De repente me invade una sensación extraña y fuerte de maquillarme, como las grandes; luego pienso que en realidad tengo 40, estoy dormida, o en trance, o no sé qué, totalmente pinturrajada en el piso de un baño público. Estoy paralizada, quiero que mi mama me abrace.

¡Pero no! Hace dos meses que no hablo con ella. ¡Esta tan joven!, abraza a mi progenitor, que papá te siento, extraño con bigotes.

Mis primes corren, tan chiquites, empujándome y llamándome al mismo tiempo. Les quiero decir que ya no se jugar, que me olvide, hace muchos años. ¿Pero cómo lo entenderían? Si ni yo lo entiendo.

Mi abuela llega con su falda que pica, como de contrabando, pone \$50 en mi mano. Me susurra "shhhh" y sé que en ese billete se esconde el "te quiero" que nunca me supo decir.

Me llaman a soplar la vela. Me golpeo la frente con la palma de la mano. ¡Están acá por mí! Me entregan cajas y papeles brillantes. Sus ojos gigantes me miran y sus bocas me piden que cante, que actúe. Extrañamente no me avergüenza, solo no sé cómo.

Mientras repetían "rompe que trae suerte" entendí cada regalo. El rencor de mi abuela materna, la ceguedad de mi abuela paterna. El silencio de mis tías, la tristeza eterna de mi madre. Los servicios de mi hermano. La indiferencia de mi padre, la necedad y violencia de mis abuelos. Decodifico sus palabras; mi madre y su máscara resiliente, la aparente fuerza de mis tías, la obligación disfrazada de sacrificio de mis abuelas. Entre todes me obsequian el lamento como excusa. ¿O como ancla?

Despierto llena de vómito, vacía de alcohol y de deudas. Llego de madrugada, y sin darme cuenta, en la punta de la cama de mis hijos, en una caja fácil de abrir, les entrego toda mi herencia.

### **Vuji**

Godoy Cruz, Mendoza

Instagram: @lavuji

#Reconocereldeseo



## **NOSOTRAS TENEMOS UN DESTINO**

Venga, m'hijita, siéntese acá. Ahí tiene en la mesa para cebar el mate. Sí. Hoy le toca a usted. Hoy se va a cebar usted los mates por primera vez. Sí, m'hija. Hoy no cebo yo. Hoy lo va a hacer usted solita. Y hoy no lo va a tomar con azuquita. Eso es para las niñas. Hoy usted tiene que crecer. Sí, usted sí sabe cebar. Esas son cosas que se llevan en la sangre. Son generaciones de mates amargos, de vidas amargas.

Yo sé que usted es chica, yo sé, pero nosotras tenemos un destino. Hay que tener la piel dura desde chica porque si no la vida a una le da las peores cosas y de sorpresa nomás. Una no se entera y ya está criando hijos con quince años, niña mía, y con la espalda doblada de fregar pisos para alguien que te paga cuando se le da la gana.

Por eso yo le digo que usted, que es chica, ya tiene que aprender a cebarse mate sola. Porque es chica, usted, pero no tanto, y tiene que aprender a cuidarse de los hombres, usted. Mientras más lejos, mejor. La pava ya está chillando. Sáquela del fuego con el repasador y cebe unos mates. Ahí le traigo yo las tortitas que hice. Usted tiene nueve años y los hombres la empiezan a mirar y se van a querer abusar porque algunos creen que, porque una es chica y es pobre, no sabe nada y no tiene derecho a opinar ni a decir que no, pero nosotras, m'hija, seremos pobres, pero somos decentes. Le está saliendo rico el mate. Un poco calientito, pero está bueno.

Cuando yo era chica, mi mamá, su abuelita, ¿se acuerda de la mamina?, trabajaba en la casa del señor Ortega Vélez, que el señor era doctor y la señora, como no trabajaba, estaba siempre en el club jugando a las cartas con las otras señoras que tenían las manos impecables como ella. Como él trabajaba en la casa, cuando yo tenía diez años, el doctor la mandó a la mamina a limpiar el patio del fondo, porque era larga la casa y tenía tres patios, tenía. Y cuando ella se fue, él entró en nuestra habitación y me manosió toda y me abusó, m'hija. Y yo no le dije nada a la mamina porque creía que se iba a enojar conmigo, por eso no le dije nada, yo. Y no fue una sola vez: muchas veces la mandó el señor a la mamina a limpiar el fondo. Pero usted tiene que aprender que nadie se puede abusar de una, aunque una sea pobre. Tome, póngale más yerba, no vaya a ser que se le lave.

Por eso, el otro día, que la fui a visitar a la mamina al cementerio para hablar con ella, para pedirle consejos, la encontré ahí, limpiándose la lápida y quejándose de que ya no íbamos a visitarla. Y yo le pregunté qué hacía ahí que no estaba descansando. Y me dijo que no se podía descansar ahí. Y me dijo que se había enterado de lo que me había pasado con el señor Ortega Vélez. Me dijo que por allá abajo se escuchan tantas cosas y que por eso había salido, para encontrarme y para decirme que ya se había enterado y que yo tenía que hablar con usted para que a usted nunca la manosiara ningún hombre, m'hija. Acuérdesse de tirar la yerba cuando terminemos con el mate, porque si no se le hacen hongos, si no.

Y usted es todo lo que yo tengo. Si me entero que a usted le hacen algo así, yo me muero. Yo mato y muero por usted. Por eso, aunque sea chica, yo quería decirle de esto y que usted sepa que no se tiene que dejar nunca. La mamina me dijo que yo lo tenía que hablar con usted porque nosotras tenemos un destino y tenemos que tener la piel gruesa desde chicas. Usted tiene que rezarle mucho a la virgen y tiene que tener los ojos abiertos siempre, hasta cuando duerme. Y no me diga que no se puede porque yo aprendí a hacerlo. Desde los diez años que no duermo completa yo. Duermo, no se crea, pero siempre con un ojo abierto, por las dudas.

Yo por eso le digo que usted tiene que decir que no y tiene que defenderse, m'hija. Con uñas y dientes si es necesario. Ahora estoy yo, pero no voy a estar siempre. Algún día, me va a venir a buscar la mamina y usted se va a tener que cuidar solita. Usted, m'hija, tiene que saber que los hombres no son buenos. Ay, mi niña, si yo me entero que a usted le hacen algo así, me muero. Gracias. No quiero más mate. ¿Por qué esa cara, m'hija? Es duro, pero es así la vida. Si usted no sabe de esto desde chica, le puede pasar lo mismo que me pasó a mí. Y yo ya le dije que si me entero que me la abusan yo me muero, la virgen no lo permita. Bueno, no me vaya a llorar ahora. Si no lloré yo tantas veces, no tiene por qué llorar usted ahora. Vaya, lávese la cara y acuéstese, que ya es hora de dormir una siestita.

La niña fue al baño y se desarmó en un llanto profundo y mudo. Tenía que hacer silencio porque si no... Se metió una toalla en la boca y gritó. A su madre no la mandaban a limpiar el patio del fondo, pero sí la mandaban a comprar al almacén. Y ella no podía decir nada, porque su mamá era lo único que tenía en el mundo y si se enteraba de algo así, se lo había dicho varias veces ya, se le moriría. Y si ella se le moría, ya no tendría quién le dijera en quién

se puede o no se puede confiar o cuándo el agua del mate está demasiado calentita, esas cosas importantes de la vida.

### **Leonardo Dolengiewich**

Las Heras, Mendoza

Instagram: @leodolengiewich

#Escribiryreescribirdesdeeldolor

### **RINCÓN OXIDADO DE OLVIDO**

Un día mis padres decidieron vender la casa que se había desteñido con los años. El salitre la pintó de blanco grisáceo hasta las ventanas. Mi provincia era cálida dónde a la siesta se escuchaba chirriar el sol. Y no se podía salir a jugar. Tampoco cuando temblaba o corría viento zonda. Ese fue un año raro, hasta llovió un mes entero. Todavía resuena en mis oídos el ruido de la máquina de coser, que no paraba ni los domingos. Mamá dejaba la costura solo cuando trenzaba mi cabello o preparaba la comida.

—¡María! ¿Dónde estás?

—Acá mamá, en el pasillo.

—Tenés que ayudar con la mudanza.

—¡Sí, mamá!

—Andá al galpón y sacá todo.

—¿Y dónde pongo las cosas?

—En el patio, después elijo lo que sirve.

Hacía años que no iba a la piecita del fondo o galpón como le decía mi mamá. La puerta estaba atascada y tuve que hacer mucha fuerza para abrirla. Al primer paso que di me topé con una enorme telaraña, me dejó el estómago vacío y un grito agudo salió de mi garganta. La araña se asustó porque no la encontré. Empecé a sacar tarros grandes que servían para hervir las botellas y frascos de salsa. Los llevaba rodando al patio. El olor a humedad y a moho por las lluvias de hace unos meses había arruinado todo. Una silla petiza de totora que usaba para jugar con mis amigas. Y la mesita chiquita de madera tenía un musgo pegajoso encima que casi no la reconocí. Saqué la bicicleta herrumbrosa y roja, pero parecía marrón, el triciclo de tres patas, ¡viejísimo! No sé qué hacía ahí. Una escalera que le faltaba escalones. Pensé, ¿para qué guardan tantas pavadas que no sirven?

Al final en una esquina de la piecita encontré un baúl pequeño con herrajes rotos y lo abrí. Allí estaba la muñeca de trapo con trenzas iguales a las mías y tenía el vestido con florcitas. Siempre la extrañe. Vi una libretita de un color amarillo viejo con algunas hojas carcomidas por los ratones. Era increíble lo que estaba escrito, ¡todos mis secretos! Las letras parecían patas de araña. El lunes corrió viento, ese viento caliente que destruye todo. Le sacó el techo al galpón, por suerte mi papá lo arregló. Nunca me imaginé que íbamos a dormir aquí. Ayer hubo un terremoto y siguió temblando todo el día. Mi papá dijo esta noche vamos a dormir todos juntos en el galpón. Dos meses después murió la abuela, fue el día más triste de mi vida. Ella me leía cuentos, esos de princesa que me gustaban. Última frase escrita en la libreta.

Me senté en el patio con las manos sucias y me pasé el dorso del brazo para secarme la transpiración de la cara. Cuando me sentía sola venía a mi rincón.

Este lugar había sido precioso, limpio y ordenado, hasta tenía una pizarra para jugar a la maestra. Mi mamá decía que tenía mi propio mundo allí guardado, lleno de fantasías. Días después derrumbaron el galpón y mi rincón quedó a la intemperie.

### **Arty**

Las Heras, Mendoza

#Reconocereldeseo

## A TRAVÉS DE LA LLUVIA

Romina sube al micro a las siete de la mañana, con la mochila al hombro y el teléfono a puro trap. Se abre camino por el pasillo atestado de gente, sin pedir permiso, atropellando caras malhumoradas con su bolso y su música. Encuentra a sus compañeras de colegio en la parte de atrás del colectivo: Mara viaja parada, sus dedos apenas alcanzan a rozar el pasamanos del techo, Melany está en uno de los asientos del pasillo, y lleva sobre sus rodillas la mochila de Mara, además de la suya. Keila se ha acomodado en uno de los escalones de la puerta trasera, lo que la obliga a mover las piernas cuando alguien quiere bajar del micro. Saludan a Romina a los gritos, y a los gritos hablan de la evaluación de Matemática para la que ninguna estudió. El capullo de sonidos, tejido por la charla y la música las aísla al mismo tiempo, de la realidad y del frío en ese viernes nublado de junio.

La conversación salta de la presumible maldad de la profesora de Matemática hacia el evidente odio que les tiene la profesora de Literatura, quien les ha dado un trabajo de veinte preguntas para presentar el próximo lunes. Mara propone:

—Nos vamos a mi casa a la salida de la escuela y lo hacemos.

—Sí, dale —le contesta Keila.

—Yo no puedo —dice Romina—. Hago una parte en mi casa y se las paso por Wasap.

—Boluda, vos nunca podés —le recrimina Melany.

—Y no, wacha. Tengo que laburar. La leche y los pañales del Mateo no se pagan solos.

En el fondo del micro se hace un silencio que los demás pasajeros agradecen. Las chicas se miran incómodas. Romina las mira a ellas, y se siente ajena a ese grupo y ese mundo. Con sus compañeras puede hablar de evaluaciones, trabajos prácticos o boliches.

Pero no encuentra espacio para contarles de las risas de su hijo por las mañanas, antes de salir para la escuela. Ni de sus balbuceos y sus besos por la noche, cuando llega del trabajo. O de la angustia cuando lo tiene que dejar con fiebre, o con tos. A las chicas no les interesa saber de horarios de sueño, pañales y leche. Pensando todo esto, la misma Romina rompe el silencio:

—¿Y el viejo de Historia? Nos puso la lección oral el mismo día que tenemos la prueba de Química.

Agradecidas, las demás se embarcan de nuevo en la conversación sobre el odio eterno del cuerpo docente hacia el alumnado. Romina intenta imaginar una vida en la que su mayor preocupación fuera, de verdad, un trabajo de Literatura de veinte preguntas. A la una y media de la tarde, cuando suena el timbre de salida, Romina se despide de sus amigas y se va al baño, donde se cambia el uniforme del colegio por el de la estación de servicios en la que trabaja, cargando nafta, desde las tres de la tarde hasta la medianoche. En la parada del micro aprovecha para almorzar una naranja, porque esta mañana Mateo se despertó mientras ella se estaba bañando, y entre cambiarle los pañales y darle la mamadera, no tuvo tiempo de prepararse el sándwich de queso y mortadela que suele llevar.

Empieza a llover apenas se sube al colectivo. Ya no escucha trap. Se sienta en uno de los asientos individuales, saca el teléfono y suspira. Tiene muchas ganas de saber cómo pasó su hijo la mañana. Marca el número con la esperanza de que la atienda alguna de sus hermanas, pero no tiene suerte.

—Hola —es la voz de su madre, cansada y molesta. Como siempre.

—Hola, mamá. Llamaba para saber cómo está el Mateo.

—Durmiendo la siesta. ¿Cómo querés que esté?

Romina suspira otra vez.

—Ah. Pensé que estaba despierto.

—...

—Lo extraño.

—Si tanto lo extrañás, podrías dejar la escuela y quedarte a cuidarlo.

Silencio. Su mamá, que crio seis hijos sin haber terminado la escuela primaria, piensa que el colegio es una pérdida de tiempo. Pero Romina no quiere abandonar la secundaria, y, además, cuando termine, planea seguir un profesorado. Matemática y Biología le gustan mucho. Pero de eso no habla con su madre. En cambio, le pregunta:

—¿Encontraste la plata para la leche que te dejé arriba de la mesa?

—Sí. Leche y pañales compré. Encima eso. Hay que estar haciéndote las compras.

—Está todo cerrado cuando yo llego, mamá.

—Si dejaras la escuela podrías trabajar a la mañana y a la siesta limpiando casas. Y te quedaría tiempo para hacer las compras y cuidar a tu hijo.

Romina sacude la cabeza. No tiene respuesta para esos reproches.

—Si no vas a decir más nada, corto.

—Bueno, mamá. Chau. Nos vemos a la noche.

En eso escucha la voz de una de sus hermanas:

—¿Es la Romina? Dame el teléfono, que el Mateo se despertó.

—No, pero...

—Dámelo mamá. ¿Romina? Hola. Escuchá. Hablale a la mami Mateo. Decile “Hola, mamá”.

—AAAAA. Maaaa.

—Hola, mi amor. Te quiero mucho. ¿Cómo estás? ¿Estás jugando con la tía?

—AAA. Maaaaaa. —Silencio y ruidos húmedos en el auricular.

Su hermana se ríe:

—Le está dando besos al teléfono. No sabés la carita que pone.

—Gracias, Marce —Romina tiene ahora los ojos luminosos—. Ya estoy llegando.

Tengo que cortar.

—Decíle chau a la mami, Mate.

—Maaaa aababaa.

—Chau, mi amor. Te quiero.

Ese viernes es uno de los más fríos del año. La llovizna cae fina e incesante mientras la tarde transcurre lenta hacia la noche. Romina tiene las zapatillas y las calzas empapadas por las salpicaduras de las ruedas de los autos, y las manos adormecidas por el viento helado, a pesar de los guantes de algodón. La campera y la gorrita con el logo de la empresa son más publicidad que abrigo. Cada vez que puede, se escapa hacia el interior del minimarket, buscando tanto la tibieza del local calefaccionado como el calor humano de la conversación veloz con la chica que lo atiende, interrumpida por cada persona que entra a comprar y por cada auto que llega a cargar nafta. Pero nada de eso importa.

Sus ojos brillan a través de la lluvia y la noche helada, hasta que llega a su casa, se cambia la ropa de la estación de servicios por el pijama, y se acomoda en la cama de una plaza, abrazando el calor dormido de su Mateo.

## **Gisebooks**

Mayor Drummond, Luján de Cuyo, Mendoza

Instagram: @gisebooks

#Maternidadesypaternidades

## AMAR SOLO AMAR

Un hombre esperaba en el aeroparque Jorge Newbery el vuelo que venía de Mendoza. Era alto, canoso, delgado. Parecía ansioso, inclinaba su cuerpo y miraba la costanera que se perdía a lo lejos en la neblina de invierno. Metía y sacaba sus manos frías de la campera y la bufanda al cuello, bailaba con el viento. En uno de sus bolsillos apretaba una flor silvestre que Victoria le había regalado hacía años. El papel que la envolvía estaba amarillo y seco como el tiempo. Recordó su infancia melancólica. Pensó; éramos tres amigos inseparables, mi prima Meli, Victoria y yo. Después de más de treinta años, el desarraigo le seguía doliendo.

—Meli, soy Victoria, ¿Podes venir? Estoy en casa de mis padres, mamá me prestó su celular. —su voz se oía apagada.

Melina corrió a la casa de su amiga, hacía meses que no la veía.

—¡Victoria!, ¿qué pasó?

—Me escapé, es la última vez que me pega.

—¿Te pega?, ¡No me contaste!, ¿cómo estás?

—Bien, bien, dame un abrazo amiga del alma. Te he extrañado tanto, metida en ese campo, sola sin alegría. Casada con un hombre amargo como la carqueja, cuando emitía una palabra era siempre una orden y me llevó a vivir a Córdoba a esa estancia en medio de la nada. Me cansé.

—¿Por qué no pediste ayuda? Cuando venías me hubieras contado.

—Era tan difícil decirle a alguien que vivía en una cárcel. Me quitó de apoco las amistades que hice, por una u otra cosa, no quería que vinieran a casa. Fui perdiendo mi libertad y mis sueños. Se hacía el simpático con todos y era tirano, también con los empleados.

—¿Qué te dijo don José y tu mamá?

—Mejor que ni se aparezca por acá. Le voy a enseñar a ser hombre. Mamá llora.

—Todos te queremos. Vas a estar bien. Cuando llamaste sentí la misma angustia de cuando se murieron los padres de Carlos. ¿Te acordás? —dijo Meli.

—Fue una tarde de diciembre, estábamos en el jardín de tu casa, hacía calor, corría una brisita que traía los aromas de azahar. Preparaste una limonada y le pusiste hielo. El paisaje era maravilloso, las viñas se venían abajo de tantos racimos y otro tanto los parrales y eso que todavía las uvas estaban pintonas. Aún huelo el perfume a tierra mojada. Cuando lo vimos a lo lejos corriendo entre los viñedos y los camellones a los gritos. Se caía, se sacudía las rodillas, y volvía a correr.

—Sí, no entendíamos nada.

—Me tomó por los hombros y con la cara llena de lágrimas, decía: se murieron, se murieron. ¿Quiénes se murieron? —dijo Victoria. —Mis padres, mis padres. —¿Cómo?

—Fueron a la ciudad y el micro chocó. —dijo Carlos desconsolado.

—Le tomé la cara salada entre mis manos, pero sus ojos estaban perdidos no podía consolarlo.

Se quedó en casa de su prima, no comía, ni hablaba, era puro silencio. Un mes después lo vino a buscar la tía Rita que vivía en Buenos Aires.

—Esa ricachona nariz parada. —dijo Meli enojada, él se podía quedar a vivir con nosotros.

Cuando terminó la secundaria, se fueron a vivir a España. Con los años Victoria se casó. Meli fue la única que se quedó en la provincia.

—¡Hola, Meli! Adivina quién te habla.

—¡Carlos! Cuánto tiempo, años que no llamas, ahora que no sos más un campesino, jajaja...

—¿Cómo están todos?

—Mamá con sus achaques de siempre y papá re bien el viejo.

—¿Y Victoria?

—Victoria se separó, el gringo le pegaba y todo.

—¿Dónde está? —dijo Carlos preocupado.

—Tranquilo, llegó anoche y la fui a ver, la madre me invitó a almorzar, dentro de un rato nos vemos. —dijo Meli.

—Buenos días, dormiste bien.

—¡No!, a cada rato me despertaba y vos, ¿cómo estás?

—Yo sin ganas de nada, como una pasa, como un huevo sin sal, soltera, como mi primo Carlos.

—¿Qué será de la vida de él?

—Ahora está en Buenos Aires lo mandó la empresa dónde trabaja, siempre que llama me pregunta por vos, este sigue metejoneado, ¿querés que le diga que estás acá? —dijo Meli con una mirada cómplice.

—Mejor no, no tengo ganas de nada.

Victoria pensó, fue mi primer amor, apenas si había dejado las muñecas. Era un muchachito alto, rubio, robusto, cuando sus manos grandes sostenían mi cintura parecían tenazas que la apretaban. Sus brazos se deslizaban desvergonzados por mi pequeño cuerpo que se desvanecía pegado al suyo. Me encantaba esa fuerza y sus labios llenos de amor. Nos veíamos a mitad de camino entre mi casa y la finca. Había una acequia y nos sentábamos debajo de unos frondosos árboles. Charlábamos por horas.

Sonó el celular.

—Hola, ¿Victoria?

—¡Carlos!

— Mi prima me dio tu celular, ¿cómo estás?

—¡Bien! Cuanto tiempo. Tu voz no ha cambiado.

—Ni, la tuya. Podemos hablar un momento.

—Por supuesto, ¡Qué alegría escucharte!

—Lamento tu separación.

—Debí tomar esta decisión hace mucho. Me contó Meli que vivís en España y que vas a estar unos días en la capital.

—Me gustaría verte, tengo tantos recuerdos lindos de nuestra adolescencia.

—Yo también, ¡cuántas travesuras hacíamos!

—Te acordás aquella siesta de abril que nos metimos los tres a la finca de don Pepe, a cortar las uvas que quedaban en las cepas después de la cosecha.

— ¡A melesquear! Sí, y nos corrieron los perros. —dijo Victoria.

—Y no te olvides de don Pepe, que traía un sarmiento en la mano, que si nos alcanzaba nos los daba por las canillas.

—También nos gustaba saltar la soga.

—Y qué lindos eran los carnavales! Toda la semana mojados. —dijo Carlos.

—¿Te vas a quedar en la casa de tu mamá?

—Por ahora, después veré.

—Bueno creo que ya te di mucha lata. ¿Querés que te llame mañana?

—No sé, no sé. Necesito descansar, además tiemblo solo de pensar que él venga a buscarme.

—Perdóname, es que me gustaría estar cerca de tuyo.

—Estoy angustiada, tengo miedo.

Carlos no quería irse sin verla, esperó dos días y la llamó.

—¡Buenos días! ¿Te desperté! —dijo Carlos y le temblaba la voz.

—¡Hola! Siempre me levanto temprano pasándose las manos por el pelo. Además, no he podido dormir en toda la noche.

—¡Ni yo!, quiero verte, podría viajar en avión y llegar esta noche a Mendoza. Solo puedo estar unas horas porque tengo el vuelo a Madrid.

—¡Sí, vení! A la noche nos vemos en la casa de tu prima.

—Dale, nos vemos. Un beso.

Cuando llegó Carlos los dos tenían las mismas ansiedades. Se preguntaban si seguirían siendo los mismos. Carlos había tenido muchas novias, pero cuando pensaba en casarse, siempre les encontraba algún, pero y se borraba. Sonó el timbre en casa de Meli.

—Carlos corrió a abrir la puerta y la vio tan bella y vulnerable que de inmediato la tomó entre sus brazos. Apoyó sus labios sobre su mejilla y supo que nada había cambiado.

—¡Carlos cuántos años sin verte!

—Sigues hermosa, recuerdo tus ojos verdes llenos de luz y fantasía y tu pelo largo que el viento alborotaba cuando jugabas con mi prima en la finca entre los frutales. Yo te miraba de lejos.

—Ahora mis ojos no brillan.

—Pronto volverán a brillar.

—Pero, vos regresas a España.

— Trabajo en una multinacional. Y vos, ¿qué pensás hacer?

—Mamá vive ahora en la ciudad y el capataz cuida de la finca. Voy a buscar trabajo de maestra, durante todos estos años mi marido no me dejó ejercer.

—Todo ha cambiado, pienso hacer videollamadas todos los días para verte. —dijo Carlos.

—Quién hubiera pensado que iban a inventar semejante aparato. Grandioso. —dijo Victoria.

Un año después Carlos esperaba el vuelo 1580 en el que venía Victoria. Habían hecho muchos planes. Su angustia crecía minuto a minuto, la eternidad misma. El avión estaba retrasado. Sus manos heladas necesitaban el calor de Victoria, su corazón temblaba. La melodía del celular lo sacó de sus pensamientos.

—Carlos no sé cómo decirte, cuando llegamos al Plumerillo y bajamos del taxi Victoria buscó el celu para avisarte y se escuchó un disparo... —dijo entre sollozos su prima.

—Meli no puede ser cierto.

Apretó con fuerza el papel amarillo y seco como el tiempo y la flor se desintegró.

### **Arty**

Las Heras, Mendoza

#Escribiryreescribidesdeeldolor

### **ARRIBA**

Carla cierra los ojos. Cuando los vuelve a abrir me mira como si yo no fuera la rara del curso y me agarra la mano. Vamos, dice. Subimos por la escalera metálica que lleva al techo. Nos alejamos del ruido y mis oídos zumban, no tanto por la música a todo volumen sino más bien por los nervios. Cuando llegamos quiero ir hasta el borde, pero ella se frena. Ahora tiene los ojos enormes y oscuros. Como pozos. Los cierra y tiembla.

¿Qué le pasa? Si desde acá se ve la ciudad iluminada de un lado y el oscuro del campo del otro. Si todas las estrellas son para nosotras. Si este es el mejor lugar para animarnos.

Carla da unos pasos hacia atrás, se sienta y se encoge. Tengo vértigo, me dice.

Pero qué suerte tengo. ¿Hace cuánto tiempo que imagino esto, ensayando besos con naranjas y espejos? Hoy caímos en la misma fiesta, me da bola y hasta creo que le gusto. Encuentro un lugar como este y cuando parece que está todo bien, ella tiene vértigo.

Carla llora. Me siento al lado, encojo mis piernas y me abrazo las rodillas igual que ella. Estamos tan cerca. Bueno, loca, no es tan grave tener vértigo, le digo. Nunca sé muy bien qué hacer cuando alguien llora. Mi viejo dice que no está bueno mostrar debilidades. Mi vieja llora encerrada en el baño para que no la vean.

Carla se balancea como una nena, no parece que tuviera quince años. Bajemos, le digo y amago con levantarme. Me toca el brazo para que me quede. Miro adelante la silueta negra de un álamo que divide la base del cielo por la mitad. Más arriba millones de lágrimas que no caen. Espero, aunque no sé bien qué.

Es lindo acá arriba, dice ella. No le contesto. Perdoname, me dio miedo, dice después. Yo sigo sin mirarla, pero me encojo de hombros para que parezca que no me importa. Ella se acuesta y yo hago lo mismo. No me animo a tocarla.



¿Sabés?, dice bajito, cuando se murió mi hermano yo tenía diez años. Otra vez no sé qué hacer y miro estrellas. No sabía eso del hermano. Bueno, tampoco es que seamos mejores amigas en la escuela. No digo nada, a lo mejor ella cree que yo sé.

Una noche estaba tan triste que no podía respirar, dice y suspira antes de seguir. Me asomé al balcón del primer piso y me pasé para el lado de afuera de la baranda. Pensé que si me moría me iba con mi hermano. Miré para abajo y me dio tanto miedo que me quedé congelada. No sé cuánto tiempo pasó, pero para mí fue mucho, no podía volverme porque si me soltaba un poco me caería. Quise gritar y no pude. Hasta que mi papá me sacó de ahí y me abrazó fuerte. Mi mamá se volvió loca, pobre, gritaba y lloraba hasta que él la abrazó también. Y nunca más pude asomarme a un borde.

No sabía, bajemos, le digo y me concentro en una estrella más grande que las otras. No pasa nada, yo subí porque creí que con vos sería distinto. Se ríe. Creo que pensé que me abrazarías como mi papá y no tendría miedo. ¿Querés que te abrace? digo y cierro los ojos, porque ahora el miedo es mío. Soy tan tonta.

Estoy bien así. Me sube una corriente desde las manos hasta el pecho. ¿Y si la encaro y la beso? No, no da. Carla se sienta y me mira. Vos no tenés miedo a nada ¿no?, me dice y algo me endurece la panza. Sí que tengo miedo, pienso. Miedo a lo que hará mi papá cuando sepa que me gustan las chicas. Miedo a que nunca deje de ser la rara para los otros. Pero no le digo, las debilidades no las muestro. Ella mira el álamo negro al frente. Se muerde la uña del pulgar y dice: si vos me ayudás, a lo mejor puedo asomarme un poquito.

Me paro. Dale, digo y la espero. Me agarra la mano y se me pasa el frío. Doy un paso. Carla se mira los pies y da su paso, después tiembla un poco y mira adelante. Un paso más las dos juntas. Me mira, sonrío y sus ojos tienen luz ahora. Siento que la piel me quema. Más de lo que me había imaginado cuando estaba abajo.

#### **Clapussetto**

Luján de Cuyo, Mendoza  
Instagram: @clapussetto  
#Reconocereldeseo

### **CONFRATERNIDADES**

Dicen que la sangre tira, los prejuicios también.

Ellas eran lo inexplicable, la astilla clavada en el dedo índice, la envidia no reconocida por las viejas del barrio.

Por aquellas épocas en las que les tocó nacer, ser pobre y ser mujer eran motivos más que suficientes para un destino predeterminado.

La Tina entró a trabajar en la casa de la Señora con catorce recién cumplidos, y con el olor de su mamá prendido en la ropa y en el corazón.

Las tareas en el caserón eran pesadas. Decían que la Señora te trataba como a una hija, pero ese cuento ella nunca se lo creyó. No supo jamás cuanto era su sueldo, ni su jornal, todo pasaba derecho a su Señor Padre.

La Tina, La Ñata y La Sarita estrecharon lazos de familiaridad de esa que se gesta en las manos partidas, en las piernas cansadas, en la panza ruidosa de hambre, en extrañar la casa materna, en pasar las mismas penurias, y a pesar de eso, pensar que algún día todo sería distinto. Las tres casi niñas, analfabetas, oscuras de piel e hijas de otra tierra, que con sus manos entretnejidas en la solidaridad propia del género compartían el ajeteo diario, se encontraban en miradas cómplices, en el gesto amable y siempre dispuesto de ayudar a la otra. La familiaridad de ser congéneres, pero sobre todo de reconocerse iguales.

Las habían educado en la certeza de que del matrimonio ninguna muchacha en edad de merecer, escapa. La pregunta era siempre la misma, cuál debía de ser tal merecimiento. Parecía no haber salvación más anhelada que transformarse en la Señora de, pero para ellas, eso era irrelevante. Su alegría de vivir no se la aplacaba ni el más rudo de los trabajos, y sus anhelos en absoluto se anudaban al matrimonio. Pese a esto, un buen día apareció Don Ortega, el electricista, que también se transformó en el marido de La Tina, y se la llevó a vivir con él. Nunca llegaron los hijos, pero a él pareció no importarle, aun cuando la infertilidad incuestionablemente era depositada en la mujer, que perdía valía a partir de esta condición.

Don Ortega se cayó duro de la escalera cuando La Tina estaría rozando los cincuenta largos. Ya tenía su casita propia, y en el barrio era conocida por Doña Tina, la modista.

Pasó algunos meses en silencio, y haciendo gala de su nuevo estado civil, decidió llevarse a vivir a esas dos ya viejitas, una ahora sorda y la otra tartamuda de siempre. Fue así que llegaron La Ñatita y La Sarita.

No eran las únicas mujeres maduras y solteras en la manzana, las mal llamadas solteronas. El tema estaba en su condición de clase, que eran felices y no se debían a ningún hombre para serlo.

Durante los primeros tiempos, las mañanas de domingo en la capillita transcurrían entre ave marías y cuchicheos. La pregunta espinosa era el origen de esas dos minúsculas y serviles mujeres a quienes no les había preocupado en lo más mínimo dar explicaciones sobre su aparición. Su fe era incuestionable, cómo lo era también el desparpajo de alegría con la que vivían.

De a poco se fueron amalgamando al barrio, y principalmente a las señoras del lugar. La ruta de la virgencita pasando de casa en casa estrechaba relaciones, nunca horizontales, nunca pares.

Desde la mirilla, esas tres mujeronas se veían chiquitas, entraban en el mismo cuadro, pero todas sabíamos que ni desde esa perspectiva y detrás de una puerta La Tina, La Ñata y la Sarita perdían el brillo de las mujeres que han conquistado su propio destino.

### **Juana Bailona**

Luján de Cuyo, Mendoza  
#Reconocereldeseo

### **EL CORAZÓN DE LA YAYA**

Para entrar en la casa de la Yaya, había que abrir una puerta de rejas y atravesar el jardín. La hiedra cubría las paredes que daban a la calle y también las de la casa.

En invierno, aquel jardín era un refugio verde, aún bajo la escarcha. En el centro, sobre un círculo de tierra marcado con piedras de diferentes tamaños, se encendía el fogón. En las noches de verano, el pasto invitaba a quedarse hasta muy tarde tomando mate y el fogón se encendía igual porque allí se quemaban las penas y los miedos. Cuentan que, cuando empezaban a arder las tristezas, las chispas saltaban alto y encendían la risa de la Yaya.

Fue con algunas de las piedras de aquel círculo que la Yaya se sacó de encima al marido: mujeriego y mano suelta para las bofetadas. La primera piedra le dio en los testículos, la segunda en la cabeza. Doblado, salió por la puerta. Ella cambió la cerradura. Eran tiempos en los que las mujeres no debían vivir solas: esa noche, prendió fuego a sus miedos y al qué dirán. Cuando el tipo intentó volver con un ramo de flores en las manos, la Yaya, desde el fogón y entre las rejas de la puerta, largó otra lluvia de piedras, que le marchitaron las flores y el coraje necesario para intentar aparecer por ahí nuevamente.

Desde entonces, ese fogón siempre estuvo rodeado de gente, porque en la casa de la Yaya todos encontraban amparo. Llegaron otras mujeres que se animaron a defender su dignidad y a criar solas a sus hijos. Llegaron los que amaban en secreto, porque sus amores eran considerados enfermos. Llegaron lastimados y lastimadas y los que traían las penas horribles de la muerte pegoteadas en sus ropas. La Yaya, que de alguna forma había pasado de cerca por todos esos dolores, iniciaba el ritual del fuego. A su calor, varias generaciones fueron derritiendo un poco sus aflicciones, porque, como ella les decía, las heridas profundas no pueden irse del todo, pero sí se las puede ir callando y enterrando bajo las risas. Por

eso, en la casa de la Yaya, siempre había niños y juegos. Se armaban batallas de agua en los veranos y, en los inviernos, campeonatos de cartas en los que era casi obligatorio saber hacer trampa.

Dicen que la Yaya había celebrado su centenario, cuando se quedó dormida junto al fogón. Había pedido que sus cenizas se mezclaran con las que estaban allí, en el corazón del jardín. Cuando lo hicimos, un tizón se encendió y una llama corta flameó un rato. Ese tizón ya hace muchos años que sigue rojo. Parece que late.

### **Gaby Araujo**

Luján de Cuyo

Instagram: @garaujo\_12

#Derechoaserigualdediferente

## **EL AMIGO DE PAPÁ**

Me acuerdo de una de esas tantas veces que íbamos al campo de papá. Aquel campo donde él había nacido, aquel campo donde había crecido.

Todavía me acuerdo de una calle angosta, polvorienta, muy arenosa, de quebrachos a sus costados, y algarrobas envejecidas por las largas lluvias tropicales.

Aún no era tiempo de escopetas ni anzuelos; era más bien el tiempo en que uno comenzaba a tener facultades para recordar, para sentirse con las cosas mismas. Y fue aquel hecho el que se me prendió como cadillo en mi cuerpo, y en mi memoria.

El recuerdo de cuando papá nos mostró a su caballo zaino. Su caballo amigo. Viejo estaba el animal, pero imponente; cansado, pero libre.

Sigo esa evocación donde la alegría de papá, el humo del tabaco saliéndole por su boca y nariz, y como en secreto, diciéndome que lo siguiera por la picada, monte adentro, porque él, muy baqueano siempre, ya había sentido por donde encaró el zaino.

Yo había agarrado su mano, con miedo aventurero, pero, de a poco, al avanzar, volteaba para ver cuán lejos nos iba quedando el milenario y misterioso paraíso, ese ángel verde de las flores tan dulces y coloridas, del canto de los guacamayos de la zona.

Entre cardos y palmas, fuimos entrando por la picada. Allí, la historia del monte se hacía efluvios de azahar, bullicio de monos y agudeza de chicharras.

La vegetación respiraba en nosotros, y ya no había hachas doliéndole en la rabia.

Era como si estuviéramos hechos de aquel aire húmedo y de su frescura de mariposas amarillas, junto a la comba del sol. Un domingo matutino que nos devolvía dócilmente el sueño oculto de la miel silvestre.

Cerca de la alambrada, debajo de un chañar, lo vimos. Y su relincho se nos vino como fuente de dicha. El viejo zaino esperaba a papá. Se quedaron mirando desde una distancia tardía, o al mismo tiempo, desde una despedida inadvertida. Estaban ahí, en ese tan ahora, en esa maraña dorada de lo amado.

Hubo una mirada de fuego, de granada sobre el mantel que ponía mamá para compartir el alimento. Tal vez algún viaje en la memoria inconmensurable; quizá el reconocimiento de alguna batalla ganada por aquel paraje. Me acercó, y yo iba como estremecido en una ecuación de sentimientos, hasta el viejo caballo, el zaino amigo. Este conservaba un pelaje suave, más allá de la intemperie y los años de tempestades veraniegas. Sus crines eran largas, y conservaban aún su estirpe salvaje. Estaba un poco encorvado, y famélico. Ya no era aquel animal inquieto, fogoso y trotamundos, como nos había confidenciado papá.

Lentamente, con mis pequeñas manitas, lo acaricié. Algo de misterio me transmitía el animal desde sus ojos de pozo hondo. Muy suyo, me dijo papá, mientras colocaba unas cuerdas delgadas, de cuero curtido, por el hocico y el cuello del zaino. Y en eso, me posó arriba de su caballo. Donde yo sentía una altura inabarcable. Sentía una bestialidad de sangre calma, de remanso. Su caballo de oro humilde ni se me ladeó, ni se me encabritó.

Había agarrado las cuerdas, mientras papá caminaba al lado, susurrándole algo como manso viejito, manso, así, que ahora va el gurí, ahora el que va es el gurí.

Timoneados de alegría, nos fuimos acercando al inmenso paraíso. No sé cuánto tiempo había pasado, pero estábamos de vuelta. Nuestra mamá, con mi hermano menor en brazos, nos miraba contenta, desde tonos lumínicos, y sus ojos de cielo despejaron todo temor que seguía conservando por aquella gran altura. Y mi hermano el segundo, alborotado, corrió saltando hasta papá, trepándosele al cuerpo. Y en un momento de alegre relámpago, en un instante de vida inextricablemente sencilla, ya estaba conmigo arriba del caballo.

Y fuimos felices, ahí. Confiadamente felices así.

Fuimos eternos en ese día, donde el zaino nos llevaba con su cabalgar mansito, por ese sendero vegetal de la vida, donde la esperanza es más común de lo que se cree.

### **Mitái Burghardt**

Dorrego, Guaymallén

Instagram: @elioburghardt

#Maternidadesypaternidades

### **EL CACHORRO GRANDE**

El cachorro grande gruñía en silencio. Y aunque sabía que su hermana menor necesitaba la atención de los mayores de la manada, no podía evitar sentirse inquieto. Con mucho esfuerzo lograba contener sus emociones.

Parecía un pequeño león desesperado atrapado en una jaula, solo, recorriendo cada rincón, buscando una reja floja para poder huir de ese sentimiento que lo aturdió: el abandono. Daba vueltas, refunfuñaba buscando un rincón de amor, alguien que lo contuviera a él también. Aunque sabía que le tocaba ser el Hermano Mayor, aún sentía que seguía siendo el cachorrito de la familia.

Habían pasado seis meses desde el nacimiento de la pequeña cachorra, cuando inesperadamente enfermó. La urgencia fue tal que debieron dejar al cachorro grande al cuidado de una conocida vecina.

Los días pasaron, su mamá y su papá no regresaron al hogar. Un llamado bastaba para que el cachorro cambiara de domicilio. Deambulaba de casa de amigos a casas de tías prestadas. Al principio disfrutaba de cenar distinto, de sentirse mimado, no faltaba una tía que le preguntase:

- ¿Cuál es tu comida favorita?

Y al responder:

- Milanesa con papas fritas, mágicamente sus deseos se hacían realidad.

Para el cachorro cada momento en casa de amiguitos y tías postizas, era un mundo para experimentar, aprender, disfrutar. Sentía dentro de sí, esa sensación de tranquilidad que le recordaba cuando en el verano visitaba a su tía que vivía frente al mar.

La mamá seguía en el hospital y notaba cómo la enfermedad de su pequeña se acentuaba poco a poco en su cuerpecito. Se sentía sobreviviendo entre la angustia y la desesperación de no saber qué destino le

deparaba a su pequeña. Clínicamente no había respuesta, o si las había, no eran suficientes para afirmar que pronto mejoraría.

Su papá decidió regresar al hogar y compartir, aunque solo fuera por las noches, con su valiente cachorro. Luego de leer un cuento se dormían bien abrazaditos, sin querer soltarse el uno al otro. El cachorro sentía la tristeza y la mirada por momentos, ausente de su papá.

Cada mañana compartían el desayuno, preparaban la mochila con los útiles para la escuela y con ropa para cambiarse, sin olvidar su cepillo de dientes, por si esa noche le tocaba inesperadamente quedarse en alguna otra casa que no fuera la suya. Luego, se despedían con un abrazo eterno en la puerta de la escuela. El cachorro se quedaba con la mirada perdida, con la incertidumbre de no saber si lo volvería a ver pronto.

Una tarde, el cachorro explotó en el aula, grito, contesto, se mofó de su maestra. Andaba con la trompa larga, apretaba y rechinaba los dientes, sus oídos ya no querían escuchar nada, ni a nadie. Ni la maestra ni sus compañeritos lograban darse cuenta las causas de tal manifestación. Su actitud lejos estaba de lo que hasta ahí se conocía de él, siempre tranquilo, amistoso, participativo, tierno, divertido y a veces, charlatán.

Un día, a pesar del cansancio, angustia y desesperación, la mamá desconociendo todavía la emocionalidad de su cachorro, contó en la escuela el difícil momento que estaban atravesando como familia y sin poder contenerse brotó en llanto. Las maestras la abrazaron y le agradecieron tan difícil confesión. Comprendieron la extraña y llamativa reacción del cachorro.

A los pocos días, llegó la abuela, con abrazos de amor, chucherías deliciosas, y tiempo para estar donde había que estar, a la hora que debía de ser. Cargada de fe y ocultando su tristeza, siempre acompañaba. El cachorro disfrutó de mimos y paseos, y pudo aliviar el sentimiento de enojo que lo aturdió.

Finalmente, la cachorra volvió al hogar. Ya no era la misma que su hermano conocía. No venía sola, junto a ella le acompañaban diferentes maquinitas que sonaban sin cesar. Y de su pequeño cuello salía una fina manguera larga que se conectaba a una especie de valija pequeña, de la cual nunca más se separaría. El cachorro más grande, la miraba con curiosidad. Lo hacía de lejos, no podía evitar sentir un poco de impresión verla.

Pegoteado a su mamá y a su papá el cachorro se refugió en ellos día y noche. Esperaba ansioso el beso de las buenas noches y ese abrazo que lo colmaba de amor y tranquilidad recordándole que sí, que estaba nuevamente en su hogar.

### **Klota**

Bermejo, Guaymallén, Mendoza

Instagram: @klota.tauber

#Escribiryreescibir desde el dolor

### **EL HUESITO DE POLLO**

Hacía poquito se había estrenado la peli y sus hermanos obnubilados, eligieron su nombre en honor a la protagonista. Fue la quinta de seis hijos.

El mundo nunca le pareció maravilloso, pero a veces, hacía brillar todo a su alrededor con la sonrisa rápida, la voz potente y el andar desprejuiciado.

Eso sí, creía que el amor era el motor del mundo y lo buscaba desesperadamente. Creía también que atraía a la mala suerte pasar debajo de escaleras, o que se cruzara un gato negro.

Creía que las cosas buenas se escurrían de las manos cuando estos eventos poco comunes se topaban con sus días. A menudo hablaba de los siete años de mala suerte que sobrevienen luego la rotura de un espejo.

Hubo una de estas creencias que atrapó mi atención y llegó para quedarse, se instaló con tinta indeleble, los tres deseos atrapados en el huesito de pollo. El rancho del pollo era la presa que, desde chica, y decía ella que, por elección, era la que le tocaba. No sé muy bien si inicialmente fue así, una elección, pero evidentemente ahora sí lo era. Pelaba prolijamente el huesito con forma de horquilla, y me ofrecía una de las dos puntas.

En silencio, y acunando hondas sus esperanzas pedía los tres deseos, e indicaba el momento en que, al unísono, debíamos tirar. El pedazo más largo quedaba siempre de mi lado. A ella se le ensombrecía la mirada y se le escapaba volando otra esperanza.

Nunca le pregunté que pedía, pero casi aseguro que uno de esos deseos, era ser amada. Creía en eso de la otra mitad de la fruta, del amor complementario.

Me daba placer ganarle, pero me inundaba de culpa ver cómo en ella, todo se desplomaba en ese instante efímero.

Decía que yo no debía preocuparme por supersticiones, porque a mí la suerte me acompañaba, que había nacido con estrella, y que ella en cambio, había nacido estrellada. Con los años he pensado que estaba equivocada.

Hablaba el lenguaje de la música, de esa que hace pensar cada oración, de esa que reclama que “la tortilla se vuelva”, de esa que se pronuncia en lucha y resistencia.

Cuando veo ese huesito ya no me atrevo a romperlo. Si hubiera sabido lo que vendría después, la habría dejado ganar siempre.

En esos días en los que me invade la nostalgia, y me retiro un ratito de este mundo para transportarme en la máquina del tiempo, pienso que hubiera deseado con todas mis fuerzas que se quedara un tiempo más conmigo. Ahí le hubiera ganado sin culpas. Igual, ella nunca fue mucho de este mundo. Alicia era su nombre y soñaba con ese país de maravillas.

**Juana Bailona**

Luján de Cuyo, Mendoza

#Escribiryreescribidesdeeldolor

## **EL REGALO**

*¿Qué pasa con los sin legado?*

*Pueden romper en llanto por no tener abolengo  
O estallar en risas imaginando un futuro sin acervo*

*-Anónimo-*

No recuerdo a mi padre, no lo recuerdo en absoluto. No podría reconocerlo entre un grupo de personas; y es extraño porque sé que vivió con nosotros, hasta que cumplí siete. Es decir... recuerdo mi primer día de jardín, la casa vieja, los vecinos, a doña Carmen la quiosquera; pero no su rostro, voz o gestos. Siempre fue un vacío, un abismo del que no tuve mucha noción, al menos al principio. Nunca escuché:

- ¡Que parecido a tu papá! o tu sonrisa es igual a la de tu viejo, o sos un calco cuando haces esto o aquello.

Una vez, llegué de la escuela con un regalo del día del padre y le pregunté a mi mamá:

- ¿A quién se lo puedo regalar?

Era una cartulina celeste, doblada a la mitad, del tamaño de una tarjeta, con un dibujo de un hombre con anteojos, calvo, de una gran sonrisa, frente a una casa grande y bonita, pintada con crayones y un arcoíris de brillantina.

No tuve curiosidad por mis raíces, al cabo de un tiempo, di por sentado que era un “sin padre” o hijo natural como escuché alguna vez a un policía que me pidió el documento en la calle. ¿Qué significaba eso? ¿Era mi situación bastarda lo habitual? ¿Lo normal? Odié en su momento la descripción, sin entenderla del todo.

No tuve contra quien revelarme, nadie puso los puntos sobre las íes. Tuve que hacerlo solo, mamá murió cuando cumplí 15.

Mi imagen paterna más cercana fue Willie, el personaje interpretado por Max Write en la serie ALF: soso, tímido, gentil, contraído y sumiso.

Una vida, 50 años sin saber de él.

Por eso fue una sorpresa el recibir la carta, su carta. En cuanto leí el remitente quedé helado, su nombre me golpeó de lleno. Existió de manera espontánea, como un genio cuando se frota la lámpara. Una explosión en el rostro, me dejó la boca seca, las manos frías y los ojos desconcertados ¿Qué querría? Guardé la carta dentro de una carpeta y seguí con mi día. La rutina me dio tranquilidad. Sin embargo, la noche empezó a desentrañar las dudas y preguntas dormidas por años ¿dónde estará? ¿Qué necesita? ¿Por qué ahora? ¿Por qué se fue? ¿Por qué nunca supe de él en todo este tiempo? ¿Nos pareceremos? ¿Vivirá?

El papel gastado, inerte me turbaba, me hundía en un sinfín de dudas y preguntas que jamás me atreví a hacer. Sentado, con la carta en las manos, aún sin abrir, recordé lo que ella me decía; como me sacaba de eje con “Es tu familia ¿no tenés curiosidad? Lo que ignoramos es un manto que impide mirar hacia delante, causa dolor”.

Nos separamos porque ella quería hijos. “Sé el padre que no tuviste”, decía, pero yo no podía, no puedo pensar en niños.

Los ruidos de la noche parecen callar y el discurso interno va in crescendo.

Nada bueno puede venir del hombre que me abandonó a mi suerte, nunca supe de él, jamás me felicitó, nunca estuvo ahí para mí, es una silla vacía, no me enseñó nada, jamás hizo algo por mí. Esta carta no significa nada.

*Querido Esteban: seguro te sorprendió este mensaje, sé que es un manotazo de ahogado. Ahora que estoy viejo, enfermo y preso; necesito contarte.*

*A diario peleaba con tu madre, ella siempre tuvo razón, soy vago, borracho, inestable y drogadicto. Tu cumpleaños número 7 me lo perdí, por salir de farra con mis amigotes, cuando llegué a casa, no podía articular palabra; tu madre me detuvo en la puerta, para que no me vieras en ese estado. La casa era testigo de tu fiesta, todavía quedaban globos en las ventanas, banderines que atravesaban la cocina, la mesa tenía platos pequeños y el piso muchos colores. Ella me gritaba, pero yo no entendía, no podía hacerlo. Me quede mirándote: dormido, inocente, enroscado en el suelo frente al televisor. Ese programa del extraterrestre te encantaba. Te descubrí tan indefenso y puro, sin toda la mierda que llevo encima y no puedo cambiar. No quería golpearte como lo hacía mi padre cuando tomaba, no quería repetir los abusos de mi abuelo. Por eso me fui, fue lo único que estaba en mis manos. Estoy convencido que estarás mejor sin mis miedos, vicios y frustraciones. Soy una repetición de los horrores del pasado.*

Y de repente...esto también es un regalo.

## **Bauto**

Cuadro Nacional, San Rafael, Mendoza.

Instagram: @cristianjlbautista

#Maternidadesypaternidades #Escribiryreescribidesdeeldolor

## **UN ABRAZO PARA CONTINUAR**

A la vista Él relato una sinfonía, pero se sentía ella, tomó el libro y con luz de vela intentó leer. Pero no fue posible, las letras estaban, pero la música ensordecida yacía muda. La puerta chirrió junto a los pasos, de una concurrida habitación, mientras el candil reflejaba el comienzo del relato, que buscaba explicaciones pasadas, claridad que volvía invitando continuar, leyendas que salen del escrito mudo, que solo tiene la voz de la mente.

Las nubes no se detienen al paso del hombre, en siglos de noches y de días, un abrazo contuvo la bestia que guardo para sí. Él marco presencia, pero Ella luchó ferozmente para callarlo en su interior y así poder salir. El agua lavó su cara ante un intenso calor.

Aquel abrazo amigo lo cuidó por seis lunas y su presencia fue tan necesaria como vivir para continuar y aun así el reproche, polvo de diana entre sus prendas, una copa de ron en sus manos. La mirada cuestionadora refleja el brillo del lago ante una noche en compañía del astro; juega a olvidar lo que le hizo mal y Ella lo contempla muda sin reproches y acepta el pasatiempo, donde suman al Viento, coquetean con olvidar.

Ella pregunto por él varias veces y aunque se negaba lo esperaba, quería verlo y decirle lo mucho que lo amaba, pero no fue fácil, no solo omitía su presencia también los sentimientos que hacían eco en su interior, Ella vino para quedarse, Él siguió con sus miedos y la dejó.

Insostenible sucumbió a sus pies y maldijo la ausencia de su presencia. Una rosa carmesí fundida en el espejo acariciaba la lluvia del jardín a pasos de un limonero rendido por el pesado fruto, posado en la fuente de los placeres. La fría paja mezclada con barro mora en el candado del vaso del amigo, que bebe agua de roció de las hojas. Cubre su cuerpo con cuero, cuerpo vapor que lo protege del frio de la intensa lluvia, pero guarda en él sus latidos galopantes que lo delatan ante el primero de los besos.

Un conjuro de puertas adentro desnuda el pórtico, debajo, una llave distinta de metal dorado que abre y cierra reflejos de un antes y un después, la sombra de un recuerdo posa sobre las teclas de un piano, cálidas manos anidan en él. Ella deja atrás el pasado y arropada con el abrazo de su madre, se despide de él.

En un sillón reconfortante, dos periquetes de silencio ante el pabito perseverante en su brillar que por instantes incrementa, se escucha a lo lejos el galope, con el cristal a su espalda, marcando el camino y un millar de estrellas de fuego dibujan su crin, la pasión lo consume y vuela hasta perderse de vista. El recuerdo escapa de la habitación al bosque a orillas del río al filo del precipicio del descuido, acorralada entre el estruendo y el perdón de las promesas, decide tirarse al cristalino olvido, intentado decir su nombre prohibido, cuando el Viento la carga en su lomo reflejado por la luna, postergando su tan ansiado deseo. Ella eligió esperar, Él decidió callar, el destino juzgó por ellos y los separó y en este caso nunca más volvieron a verse y bastaba tan solo romper el silencio, vuelve en sí, su nombre vino para quedarse, Mariela es mi nombre, al pronunciar agrito las paredes de la incomprensión que lo anidaba, el brazo sumó otros brazos que a la distancia ofrecían el calor y el coraje que necesitaba, Mariela dije y así quiero continuar.

### **El Feligrés**

Godoy Cruz, Mendoza

#Escribiryreescibir desde el dolor

## **LA PRUEBA DE EVA O EVATEST**

Llorá nomás, mi querida, mi hermana, llorá hasta reventar y sacarte toda la furia, la frustración, la impotencia. Llorá con los ojos, con los dientes apretados, con la garganta eufórica... con las vísceras. Llorá a moco tendido y siguiendo las instrucciones de Cortázar... hasta quedarte vacía y sin aire y desmayada en un charco de llanto. Inundá la habitación, humedecé todas las carilinas del barrio. Apoyate en mi pecho y mojá tranquila mi suéter con baba y moco y lágrima salada, que yo aquí me quedo, sosteniéndote la mano. Somos mujeres, qué miércoles, al que le parezca exagerado el llanto... que lo atribuya a "cosas de



polleras". No hace falta que te lo diga, vos sabés que yo ya estuve ahí durante cuatro interminables años, que ya me desangré en esta misma derrota muchas veces, pero soy la prueba de que "una batalla no es la guerra", aunque ahora te suene a frase remanida. ¡Cómo no voy a entenderte!

Igual que vos, sé lo que es tener la panza morada de pinchazos, los pies hinchados, el gusto metálico en la boca, la esperanza puesta en que la maca peruana y la levadura de cerveza y la harina de coca mejoren la reserva ovárica. Sé lo que es mientras tanto, cuando todos aconsejan tranquilidad y relax, gastar todos tus ahorros en abogados, meter recursos de amparo y tener los nudillos roídos de tanto tocar puertas en la obra social para pedir autorizaciones, medicamentos, análisis... Lo que es cambiar mil veces de médico, ir a ver a la bruja, a alinearte los chacras, a yoga, a hacerte las constelaciones familiares y la biodecodificación. Tirarte el tarot y que te lean la borra de café. Sobarte las rodillas limadas de tanto pedirle a la Virgen, al demonio, a cada santo, a la macumba... Comprendo perfectamente la sensación de injusticia después de haber hecho ayuno para purgarse tres días cada diez, haber cambiado la dieta, dejar de fumar y volverse abstemia.

Adelgazar ocho kilos en tres meses y aprender la respiración consciente. Marcar el calendario para asegurarte de no pifiarle a tener sexo los días fértiles, y cuando eso ya no funciona, vender el alma al diablo para que la estimulación resulte, para que puedan aspirar al menos dos o tres óvulos buenos, porque no se pueden desaprovechar las tres oportunidades al año que te da la obra social de intentar un tratamiento. De memoria puedo describir esa angustia que estás sintiendo de leer un análisis con manos temblorosas que te desahucia otra vez, y la desazón de volver a empezar de cero... con el cuerpo cada vez más vencido y el alma ya sin aliento, y pensar "no sé si voy a poder pasar por esto de nuevo...". Por supuesto que sé lo que es que te tilden de loca obsesiva o te miren con lástima y que hasta los mismos médicos te traten de vieja o "seca" con apenas 38 años. Esa mirada social lacerante de que jamás vas a estar plena de no lograrlo. Y, por otro lado, comprender racionalmente que la maternidad no te completa ni le da más o menos valor a tu "ser mujer", tampoco calma el deseo (genuino o impuesto) de ser madre. Que se vayan

todos a la mismísima si no te entienden... yo sí que te entiendo, yo he estado allí y me he querido morir, he creído que mi vida no tenía sentido, o lo que es peor, que mi vida era una tragedia tal que las de Sófocles, un poroto. Y no sé si es así... la vida da muchas vueltas y también los deseos, pero sé que estás en tu derecho de llorar nomás... todo lo que te haga falta. No voy a consolarte ni decirte que la próxima será la victoria, que no habrá una nueva derrota. Yo tuve que vivir tantas... pero por vasca e insistidora no me cansé hasta que lo conseguí. Sólo puedo decirte con seguridad que aquí estoy, a tu lado, querida, abrazándote como si me abrazara a mí misma, y que en este derrotero aprendí que se puede ser madre de muchas y muy maravillosas maneras...

### **Blanche Du Bois**

Godoy Cruz, Mendoza

Instagram: @analisenorena

#Reconocereldeseo

### **Tantos potes de crema fuera de su sitio**

Eran las nueve menos cuarto cuando dejé sobre la cama de la señora Amalia su traje nuevo, lavado y planchado, todavía con etiqueta. Había desmanchado el tapizado del sillón velvet donde a la señora Amalia le gusta tomar su refresco de la tarde. También le repasé los cristales del tocador. A la señora Amalia, le gusta verse bien y radiante, cuando desenreda su cabello por las noches.

Pasé al balcón de su habitación. Todas las mañanas queda impecable, por si a la señora le apetece tomar el fresco del atardecer. Primero limpio el polvo de las contraventanas, con plumero, después agua y jabón. Suelo ver en la calle a los niños que rezongan camino al colegio. "No saben lo que les espera". Después riego la buganvilla de la señora Amalia. La miro, crece estupenda esa hija que tiene, le quiebro una rama. Sonríe y sacudo los sillones de mimbre del balcón, le arranco una varilla y ya me puedo retirar. Abajo, al borde de la piscina, veo a la señora al sol, leyendo el periódico.

Estoy cerrando la última persiana, cuando el ruido desconcentra a la señora y me llama de pronto. "Chtz, chtz, Cristina". Con fuerza, pego un manotazo para destrabar la persiana y poder escuchar qué me pide mi patrona. "Tráeme un jugo de naranja para el resfrío". En silencio, asiento desde el balcón, sin emitir

palabra, con un movimiento eléctrico de cabeza, como corresponde en mi lugar, pero cuando la señora Amalia ya no me ve, revoleo los ojos y rápidamente bajo a cortar y exprimir las frutas para Doña Amalia.

“Qué envidia me da poder hacer nada”, le digo a Don Pedro que lo veo pintar el revoque de la cocina cuando busco el exprimidor. “La única preocupación, el resfrío”, agregó, “porque nos afecta a todos por igual, Don Pedro”. Pero lo único que me responde es un “siempre tan ácida usted”. Busco un vaso alto y exprimo la tercera naranja, mientras hablamos sobre cómo renovar el subsidio por hijo para gente como nosotros. Cuando termino de secar y guardar, corro a dejarle su jugo a la señora.

En el jardín, la señora Amalia se ha movido a la sombra, “después de las nueve de la mañana, no me recomienda la dermatóloga estar al sol sin bloqueador”, me dice la señora cuando le entrego su zumo perfecto para acompañar el estrés. “Siempre tan ácida usted”, como si Don Pedro me repitiera y la señora, “muchas gracias, cariño”. No le respondo, me volteo para irme y la escucho nuevamente, “por cierto, Cristina, ve hasta mi baño y sé buena, cariño, tráeme el bloqueador, por favor”.

Tampoco me doy vuelta. Con una mano en el bolsillo para que la señora no me vea, aprieto fuerte el delantal del uniforme y lo retuerzo, después sigo firme hacia la casa a cumplir la nueva orden. Subo la escalera hacia el baño como si cada escalón midiera kilómetros o mis zapatos del uniforme tuvieran kilos de cemento en la suela. Me tomo de la baranda de mármol y aprieto los labios. Llego a la habitación y me vuelvo a encontrar con el traje nuevo, perfectamente doblado y planchado por mí, todavía con etiqueta, lo arrugo y lo arrojo por el aire, con una mano doy un golpe en la mesa de luz.

Abro la puerta del baño, los azulejos dorados hacen un efecto como si me encandilaran. Revuelvo todos los cajones y el bloqueador no aparece. “Sé buena, cariño”. Sigo desparramando por los estantes las cremas antiarrugas, las antiage, las de estrías, las ya vencidas, todavía en el paquete, sin abrir. A todas, las tiro por el suelo, todas revueltas, pero el bloqueador no aparece.

“Muchas gracias, cariño”. La panorámica del desorden me hace cerrar los ojos, tomo asiento como una bolita en el piso del baño de la señora Amalia. Tengo los ojos hinchados y húmedos, pero uno a uno, levanto tantos potes de crema fuera de su sitio: los champús, los bálsamos, cada botella de aceite nutritivo para el pelo. Uno por uno, los voy ordenando, con los labios apretados y fruncidos, porque mañana, pasado, la semana que viene, el mes siguiente, el próximo año, tendré que volver por el jugo, saludar a Don Pedro, buscar el exprimidor, cortar las naranjas, lavar, secar y guardar todo, dejar la cocina como si nadie hubiera pasado, repasar el balcón, regar la hija buganvilla y traerle a la señora Amalia...

### **Margarita Cox**

La Puntilla, Luján de Cuyo  
Instagram: @ margacoxescribe  
#Escribiryreescribidesdeeldolor

## **LO INENTENDIBLE**

Desde el divorcio críe sola a mis hijos, la verdad que era una gran diferencia a cuidar hermanos que a tus propios hijos siempre tomaba como referente como mi madre nos había cuidado, aunque en algunas cosas no coincidía con ella. Hasta que el menor empezó su primer grado, siempre tuvo problemas de salud, pero siempre estuvimos pendientes de él, pero antes de comenzar las vacaciones de invierno se empezó a caer de la nada, se le empezaron a dificultar algunas cosas además de terminar con dolores de cabeza de seis horas con vómitos. Los médicos empezaron hacerle varios estudios, para encontrar una respuesta entre neurólogo, psicólogo y fonoaudiología hasta que hallaron el problema después de varios estudios nadie en ese momento me preparo para los resultados.

Aquella mañana los médicos se reunieron hablo uno por uno, pero todos comentaron lo mismo como no me di cuenta de las señales que había presentado él desde su nacimiento, pero por mi mente solo decía los hijos no son iguales todos son diferentes a lo que no se puede comparar, fue como una cachetada en la cara el no haberme dado cuenta lo que a él le ocurría. Todo se redujo con un retraso de cuatro años, todo había comenzado en su nacimiento cuando al nacer se lo llevaron corriendo porque estaba azul, pero nadie me dijo que precauciones debía tener.

Llegar a casa con todos los informes y mi hijo era algo devastador enterarse cuando él ya estaba por cumplir ocho años, busqué información, pero no encontraba nada solo me quedaron en forma de eco las palabras de aquel neurólogo era un retraso del cual podía mejor con el tiempo o no. Dar la noticia al resto de la familia fue otra tormenta más, algunos no lo entendían y otros lo tomaron bien, pero como madre me fue frustrante, tenía a sus hermanos mayor muy inteligentes y él era diferente muy diferente, aceptarlo fue la parte difícil ya que veía como poco a poco dejaba de hacer lo que le gustaba ya que se lastimaba debido a sus caídas o a sus dolores de cabeza.

Después de las sugerencias escolares y familiares, se comenzó la búsqueda de un instituto para que pudiera ir hacer todas sus terapias hasta terminar el año escolar. Pero nadie se preparó para el año siguiente, nadie se preparó para la llegada de un nuevo virus donde tuvieron que resguardarse todo en sus casas. Lo que paso de ser presencial a virtual lo cual era difícil y cada día era para él una desilusión en lágrimas, al igual que tirarse el pelo mostrando su frustración, como madre lloraba en silencio no tenía a nadie con los mismos problemas que él, era frustrante verlo de esa manera, pero la verdad es que nadie estaba preparado para ese virus y yo no sabía cómo ayudarlo.

Todo era inentendible, que me quedaba sin el apoyo del instituto debido a que él padre cambió de obra social sin más.

#### **Lauv**

Godoy Cruz, Mendoza

Instagram: @laura85

#Maternidadesypaternidades

#### **AMOR DE ALCANTARILLA (extraco)**

Año 2020. Existe un lugar que parece detenido en el tiempo, con personas capaces de disfrutar de reuniones de amigos, sin dejarse llevar por el ajeteo de la gran ciudad de Nueva York. Este lugar es llamado "La alcantarilla", la mayoría de los habitantes provenían de diferentes nacionalidades, religiones y —por ende— de diferentes culturas. Los unía el mismo propósito: la necesidad, y escapar de la frivolidad mundana. Se puede decir que aquí existe el amor porque es el aura que los protege, muchos desamparados bajan para llenarse de esa energía.

Agustín, como muchos de los miles que habitan La alcantarilla, fue desamparado de la city neoyorkina y no se percató de la orfandad del pequeño.

En sus actuales 25 años, Agustín es un muchacho agradecido, amable, respetuoso, todo eso refleja la atención dedicada de Regino, el dueño de "El Bar de las profundidades".

Este hombre fue pionero en ver un sueño realizado: darle vida a La alcantarilla bajo la gran terminal Nueva York. La mugre fue desapareciendo a medida que los indigentes despatriados llegaban al lugar, Regino los animaba a transformarlo en un lugar digno para vivir, que llamaron "Ciudad de la alcantarilla".

—¡Regino! ¿No le parece que deberíamos tomar personal para el servicio? Es agotador...

—No grite, señor Agustín. ¡Ah! Pero es que todavía no hago cuentas.

—Disculpe, mi querido y respetado Regino, pero le cuento que yo hago todo lo posible, pero mis pies no aguantan otra corrida más. Desde que implementó el menú de pastas del mediodía uno no gana más que para sustos.

—Rita, no me mire así que no son solo cuentas, y cierre esa boca, dese cuenta de que tengo que buscar gente de confianza, quienes se comprometan a prestar respeto al trabajo.

—Regino, ¿quién mejor que Rita para encomendar esa labor? Seguro que encuentra. ¿Verdad, Rita?

—Sí, que sí, Regino. Aguarde que entrego estos cappellittis, vengo y le cuento qué tengo entre manos.

—Bueno, bueno, ¡ahora!, que se enfrían esos cappellettis.

—Regino: Aurora en la cocina, Rita de moza y, cuando no hay que hacer compras, yo le hago de mozo. Pero, pero... es que necesitamos un cocinero más, un mozo, no me gusta ser insistente. Rita tiene buen tino, sino mire a la Aurorita... ¿mmm?

—Agustín, por favor, ¿qué me dice? Si Aurorita es la hermana.

—Que confíe, Regino. No le cuesta nada. Y si no, probemos, no hay nada que perder.

—Si sale un plato mal cocinado ¡se lo come usted!

—¡Sí! Soy su probador oficial, no lo dude.

—Agustín no va a poder salir por los huecos de La alcantarilla o, mejor dicho, se quedará atascado de tanto probar.

—Mientras no quede como usted, Don Bigotes, que de tanto que los retuerce le quedarán duros... Córtelos ya de una vez, Don Panza.

—¿Qué es lo que dijo? Agustín, ya me va oír cuando disponga de tiempo.

—No dije nada. Me llaman de aquella mesa.

—Vaya, vaya, que aún nos queda el café de media tarde, los sándwiches fríos, las masitas dulces...

—Sí, sí, Regino, a esa hora vienen los copetudos de la city por tragos. Tenemos que organizarnos, ya le dije, necesitamos más gente.

—Agustín. ¿Qué día es hoy?

—Se dice “¿qué día es?”, y no me haga acordar, hoy es miércoles, viene el tal Lautaro, el engreído del martini, ni que lo hubiera inventado él... con esas exigencias.

—No se olvide, Agustín, que gracias a él implementamos menú. ¿Se acuerda el día que vino con tanta hambre que se hubiera comido una vaca? Lo vieron comer ese bife con papas, y ya todos querían un plato igual.

—Es que usted no puede con su genio, no puede decir no, menos si hablamos de comida.

—La verdad que no, me pasó con usted.

—Hasta ahora me acuerdo, lo vi con ese delantal y dije: “es mi oportunidad de darle a mi panza un bocado”, ¿se acuerda? Tenía tres monedas en el tarrito.

—Tan pequeño y tan inteligente... Claro que me acuerdo, si me dijo: “señor cocinero, ¿me vendería un plato de sobras por tres monedas?”. Me compró con esa carita angelical, ojitos brillantes, ¡qué locura!...

**Claudia Alejandra Barahona**

EL Challao, Las Heras

Instagram: @claudiabarahona\_A

Texto completo en [https://drive.google.com/file/d/1Z6MirMbA4n7JS22-jBUMk-9CDI\\_TQnHb/view?usp=sharing](https://drive.google.com/file/d/1Z6MirMbA4n7JS22-jBUMk-9CDI_TQnHb/view?usp=sharing)

#Reconocereldeseo

## LA HISTORIA DE PEDRO

Miércoles 15 de junio, 2022

*Tema: Estoy enloqueciendo*

*Frase del día:*

*Mi cuerpo, mi corazón desea lo imposible. Se marchita de vergüenza porque no tengo permitido quererte*

Hola diario,

Mi amiga Martina, la dulce Martina, es escritora y tiene novio. Es buena onda, o así lo describe ella. No lo conozco en persona, pero algún día me gustaría hacerlo. Él parece ser alguien amable y cariñoso. Y, como si fuera poco, nació con un don para satisfacer a mujeres en su cama. O, al menos, es lo que infiero de las anécdotas que oigo. Repito, no he charlado con él cara a cara como para confirmar o desmentir dichas suposiciones. Lo que sí puedo afirmar, sin lugar a dudas, es que se aman mucho. Y eso me pone feliz. De verdad. No miento. Aunque, a veces, disimulo mi tristeza con amplias sonrisas y chistes mediocres... Perdón. Ese detalle no venía al caso. Lo que quería expresar el día de hoy, querido diario y compañero fiel que me oye en cada una de mis crisis existenciales, es que por primera vez siento que puedo empatizar con ella.

Desde que la conocí, su actividad favorita siempre ha sido hablar del amor que le tiene a su novio. Contarme sobre la magia del amor. Detallarme sobre el remolino de emociones que le causa estar enamorada. Regalarme tesis explicativas acerca del magnífico vuelo que las inquietas mariposas realizan en su vientre en los momentos de intimidad. En conclusión, ella solo sabe conversar de amor. Amor esto y amor el otro. Solamente amor. Yo nunca me he enamorado, nada serio... ¡Dios! ¡Qué vergüenza! Eso fue innecesario. Lo siento. Me sigo distraendo de mi objetivo. Yo y mi déficit de atención. Por eso jamás consigo terminar ninguna serie que empiezo. En fin, ella me confesó que, aunque quiso, nunca fue capaz de escribir acerca de su relación. O la tira abajo o la idealiza demasiado. Nunca la caracteriza como realmente es, lo cual es raro, ya que compartiéndolo oralmente es buenísima. ¿Será todo mentira? No es relevante en este asunto. Lo esencial es que, ahora mismo, estoy pasando por su situación.

No soy alguien muy afín a compartir aspectos personales de mi vida en voz alta. A excepción de pormenores que la mayoría percibe y que, por su vasta generalidad, nadie le presta mayor atención. Sin embargo, cuando se trata de temas serios, mi gastado cuaderno rojo de tapa blanda me calma bajo su ala. O solía calmarme, pues llevo soportando este dolor de hace meses y no soy capaz de traducirlo a palabras escritas. No sé cómo exponer la confusión y el caos de mi corazón en mundanas frases de un chico de diecinueve años. Mis sentimientos sonarán patéticos del modo en que los exprese. Cualquiera que los lea los minimizaría al tamaño de un grano de arena por lo ridículos que se oyen. No obstante, para mí representan un infierno en la Tierra. Un infierno en mi cuerpo. Un infierno en mis ojos cada vez que lo veo.

Yo, lamentablemente, no tengo un doctorado en el amor como mi amiga Martina. No sé qué se siente amar a alguien con pasión, pero estoy seguro que esto que siento no se asemeja al amor. No es amor. Aunque tampoco sé lo que es. ¿Cómo podría yo escribir sobre algo que no sé definir? Tal vez, Pedro pueda. Pedro, un personaje ficticio que acabo de inventar, será quien resuelva el misterio de mis emociones. O, así lo espero. Contará mi vida en perspectiva, como si fuera la suya. Y tengo fe en que él será más atento a las señales que yo. A menudo, los héroes de las historias resuelven los conflictos con mayor facilidad que los simples mortales. Que así sea.

En un día normal, Pedro se levantaba temprano para ir a la universidad. Había ingresado al profesorado en Historia. En invierno, las mañanas eran frías y oscuras, pero él se despertaba con ánimos de victoria. Adoraba con locura su carrera, en especial, la parte griega y latina. Los mitos y la disciplina de los romanos. Ellos eran firmes en sus convicciones y creían que, para gobernar un pueblo, primero había que gobernarse a sí mismo. Controlar las pasiones. Una habilidad que él no poseía en absoluto. Su hobby era dejarse arrastrar por sus emociones al punto de estallar en el extremo del dolor, el llanto, la alegría y la ansiedad. Un examen no era solo una nota, sino una calificación que lo definiría por el resto de su existencia. Una reunión de amigos no era solo una salida, sino un cúmulo de potenciales sorpresas y

aventuras por explorar. Nada era únicamente nada. Todo era un complejo de desordenadas informaciones y enmarañadas relaciones propensas a chocar entre sí y colapsar en bombas nucleares.

Por eso, nadie tendía a tomarlo en serio. Ni a él como persona física ni a sus sentimientos como parte definitoria de su personalidad. Oía a diario reproches acerca de su forma de ser. Que, si era demasiado intenso, exagerado en exceso o irremediamente ansioso y cuál era el porqué de tanta de intranquilidad frente a cada

aspecto mínimo de la vida. ¿Acaso no existían los intermedios en su día a día? ¿O eran siempre lágrimas por cada situación que salía mal y saltos de felicidad por cada momento en que la suerte se volteaba a su lado? Ojalá él lo supiera, pero no hallaba respuesta para dichos cuestionamientos. A pesar de que tuviera la costumbre de replantearse con frecuencia las bases de su identidad, jamás lograba descifrar los mensajes ocultos que aquellos comportamientos le gritaban. ¿Serían más graves de lo que él suponía?

Tampoco los gustos en ropa y cabello le exponían más soluciones de las que buscaba. Las camisas largas, los jeans ajustados y los zapatos de cuero junto con los pulóveres que heredó de su abuelo y la campera inflada de su madre configuraban su vestimenta diaria y eran fruto de observación por parte de los demás. Ya sea que lo halagaran o comentaran que parecía muy formal para el ambiente en que se encontraba o, simplemente, lo juzgaran de lejos por la peculiaridad de su facha contestaba continuamente lo mismo: "Fue lo que alcancé a guardar en la mochila antes de salir de lo de mi mamá rumbo a lo de mi papá". Y viceversa cuando los acontecimientos cambiaban. ¿Sería esa la única razón por la que vestía como lo hacía? ¿O sería porque percibía cierta satisfacción en el estilo único que obtenía al mirarse al espejo y encontrarse bello? Por supuesto que la visión mejoraría si su progenitora no lo llevara tan seguido a la peluquería y le permitiera aumentar el tamaño de su melena de rulos castaño claro.

Las amistades eran otro tema complejo para él y del que se jactaba haber sufrido esporádicos ataques de nerviosismo. Con los chicos, principalmente. Ellos eran complicados en ocasiones, cerrados a determinadas opiniones, enojones la mayoría del tiempo y no se asemejaban al tipo de personas que oírían con atención sus dilemas sentimentales. En cambio, con sus amigas la relación era distinta. Ellas eran abiertas a las bromas y juegos infantiles. Caían ante sus chistes como abejas ante la miel. Lo molestaban sin escrúpulos pues, entre risas e ingenio, se devolvían las burlas sin necesidad de ofenderse o ver la masculinidad de su género reducida. Al final del día, compartían buenos momentos ya fuera aconsejándolo con sus inseguridades o divirtiéndose con banalidades. Por otra parte, el contacto físico con ellas era sencillo. Sentía que podía abrazarlas sin compromiso o ser el único hombre entre puras mujeres y jamás lo atacaría la incomodidad.

Sin embargo, existía un problema con la abundante confianza que los unía. Tal vez porque él no era claro con sus intenciones, ellas no sabían cómo reaccionar ante los cumplidos y halagos que les propiciaba. ¿Era, por entonces, que unas palabras bonitas simbolizaban una declaración que había que leer entre líneas o, escuetamente, significaban nada más que una cordialidad? Él mismo se cuestionaba eso tras cada vez que pronunciaba una adulación acerca de las hermosas cualidades de sus amigas y estas lo observaban con una mezcla de sonrojo y escepticismo por su sinceridad. ¿Les estaba coqueteando? ¿Quería realmente algo con ellas? ¿O solamente le encantaba resaltar sus características para verlas sonreír? ¿Era la actitud de un mujeriego o un aliado? Pronto descubrió que la situación también se repetía a diario con su único confidente masculino en un modo similar.

Manuel era gay y, siendo presa de las mismas adulaciones que solía regalar y bajo el impulso de querer comunicarle sus sentimientos de igual manera que todas las jovencitas que tenía de amigas, terminó por declarársele vía mensaje. El rechazo fue feroz. Y eso era lo que Pedro no comprendía del mundo que lo rodeaba. Era un desastre

con sus emociones, una criatura exótica en la moda y un irresponsable afectivamente criticado por todos, aunque, a la vez, amado por todos. Era un rompe corazones con título certificado por la Universidad de Relaciones Interpersonales (URI). No obstante, y aun cuando su trato hacia los demás fuera cariñoso, él no se sentía atraído por nadie. Ni hablar del amor. Jamás se había enamorado de ninguna persona y no se consideraba apto para hacerlo. Si ni siquiera era capaz de identificar las señales de su cuerpo, ¿cómo haría con las de su mente?

Las réplicas a la totalidad de sus preguntas vendrían de la mano del tiempo y de un nuevo amigo muy especial. Primera impresión y Pedro quedó impactado por la presencia que imponía, la labia con la que se expresaba, los intensos ojos negros con los que lo saludó. Inmediatamente, una enorme admiración por él nació dentro suyo. Un incontrolable pensamiento de que juntos formarían una bella amistad. O, al menos, esa fue la idea con la que decidió engañarse a sí mismo. Amistad incondicional como la que muestran las películas nunca hubo. Amistad de almas gemelas o de dos mitades de la misma naranja, tampoco. Un compañerismo estable marcado por altibajos de risas e indiferencia fue lo que los caracterizó. Había días en los que eran cercanos en las palabras y en los abrazos de despedida. En otros, el desinterés era visible en la cara del morocho, respondiendo únicamente por respeto a la charla que recibía de Pedro. Siendo obvio que preferiría estar cien veces más con sus amigos de medicina que con el jovencito raro del curso de Historia.

Él era un año menor, sin embargo, era más adulto y maduro que Pedro. Tenía planes para el futuro, metas que lo encaminaban hacia sus objetivos. Poseía una visión clara y limpia de su persona. Sabía quién era, de dónde venía y hacia dónde iba. Disciplinado, tenaz, responsable. Un romano cualquiera. Un muchacho nacido fuera de su tiempo. Y eso lo hacía ver tan sexy. En más de una ocasión, el mayor salió huyendo de él por no poder soportar las poderosas miradas que le observaba realizar. No obstante, no sabía bien si escapaba porque no las aguantaba en su rostro o en las mejillas rojas de las chicas que el otro seducía. Lo que fuera, sus "sí" veloces y las persecuciones a las que se sometía denotaban su completa obsesión con el chico. La incomodidad y la pérdida de dignidad, sin percatarse de ello, se le elevaron a un grado insalubre para su inestabilidad mental, su cuerpo sufriendo las consecuencias. Y cuando el pozo de desesperación se hizo más hondo comprendió, de pronto, que su corazón había comenzado a latir más por el menor que para sí mismo.

Ya no era él tratando de entenderse, sino era él intentando averiguar que sentía estando cerca de su amigo. ¿Qué le provocaba un roce de manos? ¿Y una sonrisa de esquina? ¿Por qué no podía controlar a sus inquietas piernas a su lado? ¿Por qué cada tarde, al volver a su casa, se castigaba luego de ver su desastrosa facha mientras pensaba que el otro se habría hallado incómodo de compartir banco con un payaso de circo? ¿Por qué siempre actuaba de manera tan patética cuando se encontraban juntos? ¿En qué momento se había convertido en una vergüenza andante? La respuesta a todo eso era silencio. Odio y silencio. Empezó a detestarse cada vez más, a lastimarse verbalmente, a ahogarse en el desprecio que percibía de sí. Él era una basura comparado con el menor. Ni siquiera merecía el derecho de conversar con él. Era embarazoso. Y mucho más era el hecho de que había comenzado a generar cierta dependencia con las fantasías imaginarias de su cabeza. Cada noche, soñaba con coincidencias improbables y caricias prohibidas. Y en todas estaba el menor.

A partir de allí, Pedro adoptó la costumbre de desear su propia muerte cada vez que tuviera pensamientos impuros con el otro. Lo cual, sucedía muy seguido. Se levantaba pensando en su sonrisa, estudiaba oyendo la melodía de su voz, se bañaba observando las curvas de su cuerpo empaparse bajo el agua y, por último, se iba a dormir rodeado por esos firmes brazos alrededor de su cintura. A la mañana siguiente, el ciclo se repetía. Odio, odio y más odio. No había amor. Tristezas, desprecio y más furia. Tampoco había amor. A medida que los días transcurrían, Pedro empeoraba. Ya no se soportaba ni a sus cambios de humor. No existía prenda que le sentara de maravilla como antes e, incluso, las palabras dulces de cariño se habían reducido de sus labios. El mundo era oscuro como para compartir tanta amabilidad. La vida era espantosa.

Una mañana cualquiera, ambos se cruzaron en el autobús de ida a la universidad. Era uno de esos días en los que la charla no fluía como un río, en cambio, era una montaña rusa. Picos de intercambio, bajadas de silencio. El micro iba en movimiento, por lo que el ruido exterior cubría parte de esas calmas. Aunque, por el contrario, los obligaba a acortar la distancia que los separaba con el motivo de oírse mejor. Pedro explotaba de los nervios en su interior, pero lo disimulaba bien. Hasta que, una repentina vuelta, los chocó cuerpo a cuerpo y, en lo que pudo haber sido un contacto de labios accidental y tan largamente deseado por el mayor, terminó siendo esquivado por este a propósito. ¿Por qué? Porque justo cuando tuvo la oportunidad de cumplir ese profundo anhelo, se dio cuenta de que no valía la pena. Él y su amigo eran personas distintas, con gustos diferentes y pertenecientes a mundos opuestos. Tanta atracción hacia él era inútil, desperdiciada. Pues, nunca sería correspondido. No era él quien le interesaba, sino su géne... ¡No! Su gen... ¡Noo! Su géner...

¡Dios! ¡Basta! ¿Para qué carajos continuar escribiendo la historia cuando... cuando Pedro ya lo resolvió? Él tan inteligente, tan... No lo puedo creer. Durante todo este tiempo, él fue homosexual. ¡Era gay! Entonces... Eso significa que yo... Yo...

### **Greyslut**

Dorrego, Guaymallén, Mendoza

Instagram: @ grey\_shut

#Reconocereldeseo

### **ELLA JURÓ QUE ME AMARÍA POR SIEMPRE**

Era necesario que un día todo terminara. Ha sucedido. Y no insista que le cuente más hasta que llegue mi abogado. Ya le dije que me iban a quedar grandes y se saldrían. Mire que muñecas tan pequeñas tengo. Llegue a pesar 49 kilos. ¿Usted puede creerlo? 49 kilos. Cuando conocí a Juana estaba un poco mejor. Fue en pleno setiembre. Tocó el timbre y como pude, con las muletas llegué a la puerta. Todavía no usaba la silla de ruedas. Y allí estaba, parada frente a mí con una margarita en el pelo. El sol me daba en la cara, pero igual pude ver su enorme sonrisa. Me habló con dulzura. Y hacia tanto tiempo que no me hablaban así. Yo le di todo, llegue a pesar 49 kilos, me juraba que siempre me cuidaría. Seguramente la conmovió verme sola y casi inválida, es que tengo artritis reumatoide. La contraté inmediatamente, la vi tan alegre y fresca.

¡No me coloque las esposas! Ya le dije que me quedan grandes, mire mis bracitos. ¿Un precinto? ¿Qué se cree que soy un paquete? ¡Me hace dolor, está muy apretado! Me voy a quejar a los derechos humanos, por abuso de la autoridad con una mujer paralítica, sin una pierna y en silla de ruedas. ¡Sí señor! Voy hacer que vengan todos los canales de televisión y vean lo que me están haciendo. Así, es mejor, sáquelo. ¿Dónde cree que voy a ir? Seguramente cuando usted era pequeño su mamá lo ataba o lo maltrataba. Como yo no tuve hijos no sé de la psicología de los niños. Sí, me casé, pero nunca quedé embarazada. Al principio teníamos relaciones, pero cuando empecé con los dolores y esta enfermedad, no quiso saber nada. Me decía que me había vuelto tan pequeña que le daba impresión, sentía que estaba con una niña. Qué morboso ¿no?, como los abusadores. A veces salía de noche y no volvía hasta la mañana siguiente, cuando volvía, entraba a la habitación, con toda la culpa encima, me llevaba hasta el baño, cargada en sus brazos. Algunos días sucedió que yo había mojado la cama. Él no se quejaba ni decía palabra. Eso era peor, la lástima. Y una noche se fue y no volvió más. A mí no me importó. ¿Qué iba a hacer con una mujer seca? Demasiado aguantó. En cambio, Juana. Ella sí que me importó porque me juró que me iba a cuidar siempre.

Como no tuve hijos, mis sobrinas me enviaron a esta chica para que me ayudara. No es fácil quedarse con alguien enfermo. Al principio lo hacen por amor, después por obligación y al final terminan odiándote o esperando a que te mueras. No tienen compasión. Pero Juana parecía que sí, claro que le pagaba y lo hacía con agrado, como le debe pasar a usted. Si, a usted. Debe ser más fácil detener a una mujer minusválida que salir corriendo detrás de un chorro que no sabe si lo está esperando a la vuelta de la esquina para volarle la cabeza. Todo lo que tiene forma puede desaparecer en un instante.

Al principio solo era la comida, mirábamos telenovelas y me ayudaba a con el baño. Después empezamos a salir, íbamos al cine, a tomar café a pasear al mall. Si le gustaba algo yo se lo compraba. Frecuentábamos lugares donde pudiera mover mi silla de ruedas. En esta ciudad no piensan en los discapacitados. Nadie nos tiene en cuenta. ¿Usted ha observado lo mal vestido que andan los ciegos? Y no es que se vistan mal porque no ven. Lo que pasa es que las personas que están a cargo de ellos son una porquería, que no le importa porque como es ciego no se da cuenta. Yo me he puesto a mirarlos, van siempre hechos unos mamarrachos. Pero Juana me ponía mis mejores prendas. - ¡Qué hermosa es usted? - me dijo una tarde mientras preparaba el baño y me ayudaba a sacar la ropa. Me quedé sorprendida con su comentario. Tan sorprendida como su cara. ¿Qué le pasa? ¿Porque estoy en silla de ruedas no puedo ser hermosa? Claro que no. La gente miente. Ella me conto que vivió con un novio que la maltrataba y lo dejó. -¿No tienes mamá, papá o hermanos? -Le pregunte.- Ellos viven lejos. - Me dijo-. En otra provincia, no sé dónde. A esas alturas ya no me importaba que me mintiera, yo era muy feliz. También me contó que dormía en lo de una amiga y una noche me pidió quedarse porque había discutido con ella. Y se quedó. Se quedó días, semanas y meses. Y una tarde en que mi dolor no me dejaba en paz, Juana me ofreció un baño. Cerró las ventanas y corrió las cortinas. - No tengo ganas de bañarme, quiero acostarme \_ le dije - Un baño te hará



bien. Con toda dulzura y un magistral erotismo me sacó la ropa. Me ayudó a meterme al agua y la esponja se deslizaba por todo mi cuerpo y cuando llegó a mis partes íntimas solté un gemido. Y ella abrió su boca y metió su lengua a la mía. Rompí a llorar. ¿Sabe cuánto hacía que no me tocaban? Entonces pensé que era otra vez mujer. No cualquier cosa, una mujer.

Así fue como nos convertimos en amantes? Sería eso, amantes? Y la vida volvió a ser la vida y lo bello, bello. El sol iluminaba mi casa y entró el canto de los pájaros que ya desconocía.

Ella me juró que siempre me cuidaría. Le compré un celular que lo saqué en cuotas porque un mañana salió a hacer los mandados y tardó en llegar. Me dijo que se había perdido. Me asusté tanto que le sucediera algo. A los dos o tres días pasó lo mismo y a la semana también. Me mentía. Se encontraba con su ex. Así comenzó a irse, de a poco. Una noche no volvió. A la mañana siguiente entro con el mismo vestido y una felicidad enorme. Yo permanecía acostada todo el tiempo y así llegué a pesar 49 kilos.

Nos veíamos en las comidas y el resto del día trabajaba como siempre. No le decía nada por sus demoras y su falta de cariño. Ella callaba. ¿Hasta cuándo seguiría así? me preguntaba, ni siquiera dormía en mi cama. Había una más caliente que la esperaba.

Un día me dijo que se marcharía. Que había vuelto con su novio, que ahora era el amor de su vida. Pero antes me ayudaría a encontrar a otra persona que me acompañase. ¿Qué me acompañe? – le pregunté. Pero si nosotras somos una pareja. Vos me juraste que ibas a cuidarme siempre. Esa noche volví a dormir sola. Y cuando me desperté vi el amanecer en la ventana de mi habitación y decidí que Juana debía morir.

Me di vuelta en la cama como pude afirmando mis brazos en el suelo y me arrastré hasta la cocina. Y apoyándome en una silla tomé un cuchillo grande que estaba sobre la mesada. Volví como una serpiente sin hacer ruido hasta la habitación de Juana. Dormía con la boca abierta y uno de sus brazos colgaba al costado de la cama. La habría besado toda. Su camisón corto mostraba un pubis que conocía perfectamente. Me trepé a la cama como pude y al hundirse el colchón ella despertó. Sus ojos pequeños se abrieron y antes que gritara, le clavé el cuchillo en el pecho. Se lo saqué y lo volví a clavar. Creo haber escuchado al médico forense que fueron 7 puñaladas. Su cara quedó con una expresión de pánico. Su cabeza descansaba sobre su cuello. Y aunque la cama estaba llena de sangre y con un desorden total por los últimos movimientos de Juana, la habitación emanaba una gran calma. Dejé el cuchillo a un lado y me acosté sobre su regazo.

Ahora llueve. Tengo las manos y la nariz fría. ¿Qué hora es? ¿Las nueve? A esta hora Juana cerraba las ventanas, corría las cortinas. Se acostaba a mi lado y me juraba que siempre me cuidaría.

### **Bovary**

Dorrego, Guaymallén, Mendoza

Instagram: @Carol Miralles

#Derechoaserigualdediferente